

Abrit 17/172

EL AURA
DE LA NIÑEZ.

COLECCION

de fábulas, leyendas, cuentos y poesías morales
para lectura y uso
de todas las clases, y en especial para las escuelas
de instruccion primaria.

POR

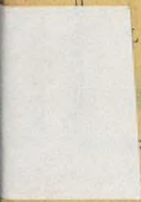
D. FELIX DE LEON Y OLALLA.

5282

MADRID, 1872.

LIBRERÍA DE EDUCACION DE D. MANUEL ROSADO,
calle de los Caños, núm. 5.

13.825
Lep. 1867



RE-SCURRA

THE NEW YORK

LIBRARY

OF THE
CITY OF NEW YORK

ASTOR LENOX TILDEN FOUNDATION

1850

NEW YORK

23-8^o 6111

17-1411

EL AURA
DE LA NIÑEZ.

COLECCION

de fábulas, leyendas, cuentos y poesías morales
para lectura y uso
de todas las clases, y en especial para las escuelas
de instruccion primaria,

POR

DON FÉLIX DE LEON Y OLALLA.

5282

MADRID, 1871.

LIBRERÍA DE EDUCACION DE D. MANUEL ROSADO.

Calle de los Caños, núm. 5.

EL AURA
DE LA NINFA
COLLECCION

Esta obra es propiedad de D. Manuel Rosado, y se perseguirá con arreglo á las leyes al que la reimprima sin su consentimiento.

LIBRERIA DE ROSADO DE D. MANUEL ROSADO
MADRID 1870
DON FELIX DE FIGUEROA Y OJEDA

Imp. de J. Limia y G. Urosa, calle de Embajadores, núm 47.

Á MI BUENA Y QUERIDA MADRE.

*Ufa que la desgracia te ha dado
espinas, madre mia, toma en este
libro las sencillas flores cortadas
del humilde campo de mi pobre in-
teligencia y que se complace en de-
dicarte tu hijo*

EL AUTOR.

A MI LECTURA Y GUSTADORA MARINER.

El presente es un libro de poemas
que he escrito en mi vida
de recuerdos y de esperanzas
de un mundo que ya no está
de un tiempo que ya no es
de un amor que ya no es
de un dolor que ya no es
de un alma que ya no es

EL AUTOR

PRÓLOGO DEL AUTOR.

En la patria donde han escrito versos morales Samaniego, Hartzenbusch, Breton y otros poetas de talla literaria semejante, argüiria en mí una osadía sin límites dar á la luz del criterio público una obra como la presente sin hacer antes una aclaracion.

Empiezo á escribir, y no tengo quien corrija ó tache mis composiciones.

Sea mi juez el público, que no por muy ilustrado, deja de ser menos indulgente.

.....
«Verdad es que se hallará en mis versos
»gran copia de endecasílabos pareados con la
»alternativa de piés quebrados ó de siete síla-
»bas; pero me he acomodado á preferir su
»frecuente uso al de otros metros, por la ven-
»taja que no tienen los de estancias más lar-
»gas, en los cuales, para acomodar una sola
»voz que falte para la clara explicacion de la
»sentencia, ó queda confuso ó como estrujado
»el pensamiento, ó demasiado holgado y lleno
»de ripio.»

(FÁBULAS DE SAMANIEGO.—PRÓLOGO.)

FÁBULA PRIMERA.

Las dos bellezas.

I.

Era un jardín, y en él leve
susurraba el cefirillo
entre las flores volando
de cálices peregrinos.

El astro bello del día
de su ocaso en el camino
teñía en púrpura y gualda
horizontes infinitos,
y las auras de la tarde
y de las aves el trino
y el aroma de las flores
al plegar su broche lindo,
despedían del rey astro
hasta otro albor el dominio.

Teniendo al lado un clavel
de doble matiz provisto,
rosa gaya de cien hojas
ostentaba su encendido
rojo pétalo, al halago
de las brisas y al capricho.

Enfrente, blanca, nevada,
más pura aun que el armiño
una azucena crecía,
codicia de auras y silfos.

Desde su arbusto la rosa
vió níveo cándido lirio,
y hasta aspiró la fragancia
de su cáliz nacarino;
miróla entonces un punto,
y diz que sintió intranquilos
fermentar en sí los celos,
el torcedor infinito,
que por impaciencia empieza
y concluye por martirio.

Despecho sintió, y altiva
á la azucena así dijo:

II.

Si aromas das al verjel,
si embalsamas el ambiente,
si te precias orgullosa
de tu ropaje de nieve;
no altanera así me mires
ni de más bella te precies,
que soy del jardín la reina
y soy la flor del deleite.

Vivo entre esmeralda, aliento
más suave que cien pebetes,
y mi carmin simboliza
dichas de amor y placeres;
hasta en mi desgracia llevo
menos desgraciada suerte,
que si me cortan del tallo
voy á vivir en las sienas
que adorna una crencha de ébano,
que una crencha de oro prende;
conque no orgullosa mires
ni tan altanera alientes,
que soy del jardín la reina
y soy la flor del deleite.

—¿Quién con altivez te mira,
ni quién rosa tal te ofende,
ni quién duda de tu aroma,
ni quién tus hechizos tiene?

No tengo, no, tu fragancia,
ni á tenerla la quisiere;
que tú eres la flor del fuego,
yo soy la flor de la nieve.

Tú vives en el verjel
donde el mundo galas vende,
yo vivo sola y humilde
lejos de él y sus placeres;
tú tienes de su hermosura

esa hermosura que... muere,
yo tengo pobre belleza,
pero belleza inocente.

Mira, pues, rosa preciada
quién más de ambas valer puede,
si tú que eres flor de fuego,
ó yo que soy flor de nieve.

III.

Niña que lees mis versos,
de las dos flores aprende:

*Sé, antes que rosa encendida,
pura azucena inocente.*

FÁBULA II.

El pez grande y el chico.

Allá en las ondas azules
de nuestro mar de Cantabria,
(esto hace ya muchos años)
vivía entre arena y algas

un gran pez aristocrático
de noble alcurnia elevada,
señoron de gran aleta
y de reluciente escama.

Como en la tierra, en el mar
sucede, y es cosa rancia,
que el pez grande traga al chico,
que el pobre siempre trabaja,
que el rico opulencia goza,
y que el desgraciado pasa
entre tristeza y dolores
una existencia de lágrimas.

Pero esto aquí no es del caso:
dejando á un lado las causas,
iremos á los efectos
que de las tales emanan.

Una mañana, al abrir
su broche el alba galana,
salió á pasear nuestro pez
con precaucion acertada
por no picar el anzuelo
de algun pescador canalla,
y nadando y más nadando
vió correr entre dos aguas
un pececillo pequeño
vestido de hermosa plata.

No habia almorzado el grande,

y reflexion nada humana le incitó á clavar el diente al pigmeo de su raza.

Alcanzóle en un segundo, y á cumplir se preparaba la exigencia de su estómago, cuando así el pequeño le habla: «Déjame vivir más tiempo, siquiera cuatro semanas, que soy pequeño y mi carne es insustancial y mala.»

Miróle altivo el magnate de la cristalina estancia, y quizá más por soberbia que por alguna otra causa, abrió la boca y asió al que favor le imploraba; pero halló la penitencia en el pecado adunada, que además de poca carne tenía el pequeño tanta y tan diminuta espina, que al tragárselo se clava una de ellas el pez grande en medio de la garganta.

En vano á cada momento sendos sorbos bebe de agua,

enconándose la herida
al fin la herida le mata.

*Es la conciencia severa,
espina que el alma pasa,
si el delito alguna vez
negro nuestra vida mancha.*

FÁBULA III.

La niña y la mariposa.

Una mañana de abril,
fresca y hermosa mañana,
vagaba por el pensil
mariposilla gentil
libando la flor temprana.

De un clavel á un alelí,
de un lirio al nevado azahar,
de éste al puro carmesí
de una rosa de rubí
en color y aroma impar.

Era feliz y volaba
bebiendo néctar de flores,
porque al gozar ignoraba
que cruel quizá la amagaba
el dardo de los dolores.

Así fué, niña preciosa,
que seguía el raudó giro
de la bella mariposa,
de placer lanzó un suspiro
al pillarla en una rosa.

Mas al ver la convulsion
que agitó á la prisionera,
latió su buen corazón,
la soltó, y á la region
voló del aire ligera.

Y ya de la niña hermosa
no huía la mariposa,
y en su frente se posaba
y su rostro acariciaba
besándole voluptuosa.

*Quien hace un bien, es razon
pueda esperar el placer
de agradecida expresion.*

FÁBULA IV.

La adelfa y las otras flores.

Era un jardín y crecían
flores variadas en él,
que grato olor despedían
y del rocío absorbían
las perlas del claro riel.

Eran todas muy lozanas,
bellas, hermosas, erguidas,
encantadoras, tempranas,
joyas de abril, por galanas,
entre esmeralda prendidas.

Era el pensil donde amor
bajábase á solazar
volando de flor en flor,
su balsámico exhalar
aspirando embriagador.

Rosas, dalias, clavellinas
de esencia y de vida llenas,
seductoras angelinas
y blancas, puras, divinas
las candidas azucenas,

entre otras variadas flores
sustentaba aquel verjel,
y en matizados colores,
emblema de los amores,
se erguia rojo clavel.

El heliotropo, el azahar,
el hermoso pensamiento,
el alelí y á brotar
iba el capullo á empezar
del carmesí de Sorrento.

Todo era dicha y amor
entre aquellas flores bellas,
que la espina del dolor
y del mundo las querellas
respetaban aun la flor.

Pero en el mismo jardin,
en aquel jardin hermoso,
de su bien quizá envidioso,
un jardinero malsin
vino y cavó cauteloso.

Hizo un hoyo, sepultó
un arbusto en él, y luego
que aquel arbusto prendió,
su gala roja extendió
una adelfa color fuego.

Era hermosa, pero vil
su emponzoñado alentar,

como veneno sutil
vino el jardín á infestar,
¡hija espúrea del abril!

Desde entonces el verjel
hizo un esfuerzo, y la rosa
exhaló su esencia hermosa,
su aroma exhaló el clavel
y la magnolia preciosa.

De aqueste modo llegaron
el ambiente á embalsamar,
el aura purificaron,
y de la adelfa triunfaron,
que fué del vicio triunfar.

*Debemos dejar crecer
pura, hermosa y bendecida
la virtud en nuestro sér,
que es flor que sabe vencer
las adelfas de la vida.*

FÁBULA V.

Las dos niñas.

Eran hermanas
dos muy bonitas,
rubias y hermosas,
cándidas niñas.
Juntas paseaban,
juntas reían,
vestían juntas
sus muñequitas,
y así dichosos
felices días
daba su infancia
á entrambas niñas.
Una templada
tarde caía,
de esas de otoño,
tardes tranquilas,
cuando en Poniente
la frente inclina
quien de la tierra
la faz anima,
el rubio Febo,

astro del día.
Por una huerta
juntas corrian,
saltando alegres
llenas de dicha,
de infantil goce
nuestras dos niñas;
cuando parándose
la mayorcita
dice á la otra:

—Hermana, mira:
Esta ciruela
te doy si atinas
á, de mi mano,
quitarla lista;
mas con los dientes,
¿quieres?

—Sí.

—Viva,

cierra los ojos
ahora... qué risa!
Y la pequeña
la boca abria
y la cerraba
inocentilla.
En tanto astuta
la mayorcita,

entre los dientes
de la más chica
la fruta ansiada
no detenia;
pero un momento
que se descuida,
sendo mordisco
su hermana tira,
y fruta y dedos
alcanza y pilla,
haciendo sangre
á su hermanita.

*Esto os demuestra,
queridas niñas,
castigar suele
Dios la malicia.*

FÁBULA VI.

La nube roja y la cenicienta.

I.

Al declinar una tarde
allá sobre el punto Sur,
apareció roja nube
en el horizonte azul.

Era de color de fuego
y se impregnaba en la luz
del astrol Sol, cuyo ocaso
no se completara aun.

Por la atmósfera vagando
entre la tierra y el tul,
que sirve de etérea gasa
á nuestra vista, dió su
cenicienta sombra opaca
otra nube. No es comun
ver dos cuerpos de tal género
dialogar y tú por tú
tratarse sin más rodeos;
pero en gracia á la quietud
y del éter á la calma

conversaron tal, segun
os contaré si conservo
pluma, inventiva y salud.

II.

—Dónve va la oscura nube
vagando por el espacio?

—Voy á llevar la riqueza,
voy á premiar el trabajo,
voy á enjugar las mejillas
de los que quizá temblando
te miran de angustia llenos
temiendo su influjo insano.

—¡Miren pues la inoportuna,
poniendo de santa el manto,
la tristoná, que se muere
siempre gimiendo y llorando!

Yo tengo bellos colores,
esmalto hermosa lo diáfano
de la extension anchurosa
por do encendido divago.

—Pero por ti se estremece
el labriego en mudo espanto,
al ver sus mies en peligro,
en peligro al ver sus campos.

Eres hermosa sin duda,

pero abortas en tu paso
vientos crueles, huracanes
que arrasan, tronchan silbando
el fruto de las fatigas,
del sudor y los cuidados
con que espera su cosecha
pobre el labrador cansado.

Yo no tengo tu belleza
ni tus arreboles claros;
pero dentro de mi seno
llevo consuelo al quebranto,
fecundo la estéril tierra
con mi lluvia, y madurado
hago brotar de los surcos
el fruto en premio al trabajo.

*Nunca por el buen aspecto,
por la apariencia, creamos
puede ser causa de un bien
lo que lo es quizá de un daño.*

FÁBULA VII.

La niña generosa.

Cumplia años
Carlota bella,
que era una niña
de edad muy tierna.

Por ser su santo,
una fineza
quiso su madre
que amable hiciera
á sus amigas,
y ella contenta,
en cucuruchos
dulces y almendras
puso contados
tantos cual ellas.

Llegó la tarde,
y en la alameda
jugaron todas,
despues la siesta;
luego el regalo
dió placentera

á sus amigas;
faltaba ella,
y un cucurucho
dentro la cesta
solo quedaba,
cuando se acerca
una muy pobre
niña mugrienta,
que una limosna
doliente espera.

En el instante
Carlota bella
su cucurucho
le da á la enferma,
y aunque más dulces
en casa encuentra,
sin su regalo
tranquila juega.

*Sed generosas
con la indigencia,
que Dios es justo
y al bueno premia.*

FÁBULA VIII.

Los ratones golosos.

Incitante en un cepo de ratones,
capaz de producir mil tentaciones,
clavó un vil despensero un trozo hermoso
de queso rancio, mas de olor sabroso.
Dos ratones hermanos y gemelos
ver creyeron logrados sus anhelos,
y al cepo se avanzaron codiciosos,
confiados, tranquilos y gozosos.
Mordió el primero ansioso, y en seguida
dejó en el cepo, por gloton, la vida,
y el otro que tal vió largóse al punto,
así reflexionando cejijunto:
Si me descuido, ¡por Dios! que me divierto.
Más quiero hambriento estar que hallarme muerto

*Cepos son de los vicios los encantos:
dan por placer dolores y quebrantos.*

FÁBULA IX.

El lirio y la azucena.

Un lirio díjole un día
á una azucena nevada,
que aroma grato esparcía
sobre verde tallo alzada
en el verjel que crecía:

«Azucena, bella flor,
aun más que la nieve pura,
en tu cáliz seductor
quisiera beber de amor
el elixir de ventura.»

Y la azucena mirando
á un matizado clavel
que amor le estaba enviando
con su esencia en el verjel,
dijo al lirio contestando:

«Si en pobre cuna mecí
mis primeras ilusiones
ayer, lirio, junto á ti,
hoy te separan de mí
la fortuna y las pasiones.»

»No recuerde tu memoria
de la azucena la historia,
pues me enamora una flor
cuyo matiz seductor
de este jardín es la gloria.»

Mustio el lirio se inclinó
mientras el clavel sonreía,
y la azucena entrevió
mil dichas, no comprendió
el daño que al lirio hacía.

II.

En un variado jardín
celebrase gran festín,
sus galas luce una rosa
tan gaya, esbelta y hermosa,
que en encantos no halla fin.

Un clavel enamorado
de matizados colores,
de la rosa se ha prendado,
y su esposa la ha llamado
con aplauso de las flores.

Solo una pobre azucena,
no acude, que está mustiada,
triste, de aroma privada,
y sufriendo amarga pena
sobre su tallo inclinada.

III.

La azucena se mustió,
porque altiva despreció
al lirio que la adoraba.

*El orgullo siempre acaba
cual la azucena acabó.*

FÁBULA X.

El audaz castigado.

Recrearse por las tardes
solian varios muchachos,
bañándose en los cristales
del ancho caudal del Tajo.

Diversión bien inocente
y saludable en verano
era, por cierto, el pasar
largos ratos en el baño,
si á esto ellos se limitaran;
pero no, por el contrario,
en lugar de estarse quietos
ó de nadar con cuidado,

apostaban á pasar
del puente bajo los arcos,
donde en remolinos bullen
hoyas, charcas y guijarros.

Todas las tardes apuestas
ganaban los alentados,
y así haciendo, de las aguas
con desprecio se burlaron;
pero una tarde tiróse,
para sacar varios cuartos,
un jovencillo atrevido
y en el rio quedó ahogado.

*Quien con el peligro juega
en él se sumerge al cabo.*

FÁBULA XI.

El cazador chasqueado.

De cazador armado,
anhelante y cansado,
iba un hombre seguido de su perro.
Cruzó la vega, la cañada, el cerro
astuto y diligente,

sin encontrar patente
de su afición de caza por consuelo,
rastros que le indicase pluma ó pelo.
Rendido y sin aliento
sentóse á merendar poco contento,
y en el instante, enfrente de su vista,
una liebre saltó medrosa y lista.

*Cuando menos se espera en este mundo,
brindarse el mal ó el bien suele fecundo.*

FÁBULA XII.

El sabio en el Retiro.

Al despuntar el alba
risueño en el extenso,
azul y trasparente
tapiz del firmamento,
paseaba en el Retiro,
á solas con sus huesos,
un sabio de ancha frente,
que ya iba para viejo.

Detúvose el anciano
para escuchar atento

la trova melodiosa
que encima de un abeto
al aire daba amante
el ruiseñor parlero.

Oia entretenido
al pardo pajaruelo,
cuando atronando el aire
graznido asaz soberbio
interrumpió su encanto,
y es fama que vertieron
los labios de aquel sabio
con más este concepto.

*En medio los placeres
más inocentes, vemos
del infortunio el soplo
privarnos suele de ellos.*

FÁBULA XIII.

El hombre moribundo.

En lecho de dolor vióse postrado,
por la muerte espantosa amenazado,
un hombre vigoroso que en su vida
sintió lesion, ni enfermedad, ni herida:

¿Es posible, decía, que yo, fuerte,
he de entregar sumiso el cuello inerte
á la parca sañuda? No, por cierto:
la reto altivo á conseguirme muerto.

Pero fiebre horrorosa, cruel delirio
le acometió en seguida, y cual el lirio,
que el cuello entrega á la segur cortante,
su aliento se cortó en veloz instante.

*Significa un inmenso desatino
arrogante luchar contra el destino.*

FÁBULA XIV.

El gorrion y el gato.

En un alto tejado
tenia su vivienda,
su habitacion ó nido
un gran gorrion con sus hijuelos y hembra.

Eran aquellos chicos
(juguetones por fuerza)
y daban á su madre
á cada paso con sus saltos guerra.

Su padre fuése un dia
á la vecina huerta

en pos de comestible
para surtir á la familia entera;
y un gorrioncillo hijo
salióse dando vueltas
y saltos al tejado
sin tener en las alas mucha fuerza.

En vano de su madre
oye consejos, réplicas:
insolentillo daba
con gorjeos haciendo mil ofertas;

Pero un aleve gato
acechándole vela,
y á su estómago fia
aunque cruda, comida suculenta.

Entre las uñas chilla:
la madre que lo observa,
desconsolados pios
al aire lanza y dolorida vuela.

*Pero todo fué en vano,
que sufre suerte fiera
aquel que de sus padres
al escuchar consejos los desprecia,*

FÁBULA XV.

El jilguero y el canario.

Á CINTA.

Del mundo lejos, de su pompa vana
Ausente Cinta vives, tan galana
Con tu gentil sencilla donosura,
Como del bosque en medio la espesura
Hábita la torcaz que el raudo vuelo
Eleva desde el árbol hasta el cielo.
Yo alabo, Cinta, tu existir tranquilo,
Y envidio el tuyo seductor asilo.
No salgas de él y escucha. Aunque no viejo,
Quiero en un cuento darte hoy un consejo:

En alameda umbrosa un jilguerillo
precioso pajarillo
saltaba placentero,
del árbol al tomillo y al romero.
Al aire dulces trinos
en acordes divinos
las alas extendiendo

daba, en giros el éter leve hendiendo.

Nació en la selva y en la selva umbría
pasó su vida un dia y otro dia
sin conocer felice la desdicha,
y sin la inmensa dicha

apreciar, que gozaba en la espesura,
léjos del mundo la falaz hechura.

Pero un dia cantando el jilguerillo,
vió el plumaje sedoso y amarillo
de un trovador canario que armonioso
aspiraba gozoso

cantando en un arbusto
las auras del albor sin pena ó susto.

Acercóse el jilguero revolando,
risueño acentos con su lengua armando

para admirar mejor al cortesano,
y díjole gentil: «Escuche, hermano,

¿cómo el albergue deja
de la dorada reja,

de la cárcel hermosa en que vivia?
¿Cómo el dulce elixir, grata ambrosía

olvida que en su boca de azucena
le da su dueña á su traicion agena?»

—¡Ay, amigo del alma! el fugitivo
le contesta: aquí vivo,

aquí respiro libre, amantes quejas
puedo cantar sin que las viles rejas

estorben mi albedrío;
aire respiro aquí, mas aire mio.
No vayas á la corte, huye de ella,
que la fatal estrella
hiciérate posible
al campo no volver, quizá imposible.

*En la cárcel social, muchos llorando
lamentan haber ido abandonando
sus hábitos humildes y sencillos;
tome ejemplo en los pobres pajarillos,
pues que hasta entre las aves no se ignora
es siempre máspreciado
vivir libre y feliz, aunque ignorado.*

FÁBULA XVI.

El niño y el enfermo.

Iba á las ferias Paquito
con su papá de la mano,
y llevaba en el bolsillo
algunos reales en cuartos
destinados á comprar
chucherías y torrados,
cuando en la calle de Atocha

vieron cruzar el Viático seguido de algunos pocos hombres que iban alumbrando.

—Debe ser pobre, papá, dijo el niño impresionado, mejor sería que fuéramos, al Señor acompañaríamos, y si es verdad que es muy pobre el que recibe el Viático, le diéramos de limosna, papá, todos estos cuartos.

—Tienes razon, hijo mio; vamos pues. Y encaminaron ambos sus pasos en pos del Sacramento Sagrado.

Llegaron: una bohardilla desmantelada, y muy pálido un hombre enfermo espirante por la fiebre devorado,

encontráronse tendido sobre unos tristes harapos.

Con religioso silencio las santas preces oraron, y al salir de allí, Paquito quiso deseoso el acto que su corazon le dicta llevar generoso á cabo;

pero su papá le advierte
y le dice: «Nunca es grato
á los ojos del Altísimo
el que se ejerza ostentando
la sublime caridad;
que si se pregona, es claro
no es la caridad de Dios,
es el orgullo del diablo.»
No hubo pasado media hora
volvieron y allí dejaron,
cuando ya la casa estaba
sin gentes, lo que en el caso
en que se hallaba el enfermo,
creyeron más necesario.

*Luego fueron á las ferias
más contentos, que es muy grato
dar alivio al que padece
para los pechos cristianos*

FÁBULA XVII.

La flor mas bonita.

—¿Cuál es la flor mas bonita?

Celia preguntó:—Segun,
la respondió su papá.

—¿Será acaso el lirio azul,
será la rosa, el jacinto,
el tulipan? di; ¡¡ Jesus !!
responde papá:

—Hija mia,
la flor más bella eres tú,
porque guardas aromosa
hoy *la flor de la virtud.*

FÁBULA XVIII.

El cazador y el ciervo.

Un jóven cazador salió en batida
de un ciervo á perseguir la triste vida,
y ocultóse del monte en la espesura

por donde se asegura
en su fuga el venado
tiene al bosque el camino preparado.

Espera allí á que rompa
sonando el aire cazadora trompa,
aviso de que el ciervo va en huida,
para que el plomo acabe con su vida.

Vióle venir veloz, fuerte, pujante,
en carrera seguida y vacilante
mirar solo un momento
y correr en seguida violento.
¡Herido el animal
cayó, direis....? pues no cayó, no tal.

Al ver el jóven la enramada cuerna
atrás echada, la fibrosa pierna
tendida y la mirada temerosa,
¡qué bonito! exclamó; ¡mirad qué cosa!
extraño caso en cazador por cierto;
lástima le causó tenderle muerto,
y dejóle huir sano y sin herida,
y al pobre ciervo perdonó la vida,
de la burla sufriendo los rigores
que diéronle despues los cazadores.

*En el mundo el honrado sentimiento
produce de la burla el cruel tormento;
pero aroma del bueno la existencia
tranquila tener siempre la conciencia.*

EÁBULA XIX.

Las tórtolas y el cazador.

En un espeso olivar
daba al aire su arrullar
una amante tortolilla
amor haciendo escuchar
á otra tórtola sencilla.

Se embriagaban, y gozando
en dulce coloquio blando,
tal cual las aves se entienden,
ambas á dos arrullando
que son felices pretenden.

Y lo eran al parecer,
aspiraban del placer
el aroma embriagador,
sin sospechar que el dolor
pudiéralas sorprender.

Aleteaban: la cadencia
de su amatoria elocuencia
apuraban, ¡pobrecillas!
tambien á las avecillas
persigue del mal la ciencia.

Las endechas de su amor
alumbró vivo fulgor,
y ya de arrullar dejaron,
que sus amores miraron
los ojos de un cazador.
De plomo certero heridas
las dos cayeron teñidas
de su sangre en el carmin,
teniendo sus pobres vidas
un trágico triste fin.

*Cuando en brazos del placer
goceis una dicha escasa,
no olvideis que puede ser
venga el dolor á cerner
sus alas de negra gasa.*

FÁBULA XX.

El huron y la culebra.

Perseguia un huron á los conejos
engullendo los jóvenes, los viejos,
sus cuevas registrando
y con vida á un gazapo no dejando.
Tirano, cruel, en sangre siempre tinto,

nunca saciaba su feroz instinto
hasta que ya embriagado
quedábase dormido, aletargado
sobre la aun palpitante tierna entraña
que hiriera cruda su sangrienta saña.
Un dia nuestro huron andaba hambriento,
del licor favorito algo sediento,
y dióse sin recelo
buscando activo conejuno pelo
en una cueva dilatada, oscura,
pensando en su locura
sentir cómo la garra y diente enhebra
en la piel de un conejo. Una culebra
moraba allí, escucha lo que pasa,
viendo que cual Perico por su casa
penetra el bicho raro
sin miedo, muy tranquilo y sin reparo.
Acecha, y al tenerle ya á su alcance
da de un salto el reptil tremendo avance
y el agudo aguijon clava, matando
al que conejos solo iba buscando.

*Quien mata á hierro, nunca juzgue extraño
morir á hierro por su propio daño.*

FÁBULA XXI.

El gato de Clorí.

A un gatito negro,
Clorí, delicado,
de una cinta blanca
ciñe un bello lazo.
Adornado el cuello
elegante el gato,
luce de su dueña
el bello regalo;
más por ser él lindo
que porque las manos
de nieve de Clorí
le hubieran atado.
Maulliditos suaves,
carreras y saltos
daba alegre el jóven
gato aristocrático,
y ella satisfecha
rie con agrado
diciendo: ¡mis! «toma
»vizecho borracho,
»toma un caramelo

»ó garapiñado,
»un dulce de almendra
»ó sorbete en vaso;»
pero no la escucha
Moro entusiasmado,
que vió un ratoncillo
cruzar muy de paso,
y síguele al punto
logrando apresarlo.
¿No pensais en dónde?
contar quiero el caso.
—Bajo de la hornilla
Clorí vió á su gato
ensuciar la gala,
el blanco tocado
que al cuello de Moro
pusiera en un rato
de ocio ó molicie;
y no fué esto malo,
sino que sacóle
de sangre manchado,
hasta el punto que
á Clorí dando asco
y miedo el gatito,
que era su regalo,
lloró de pesares
al ver al ingrato.

*Hombres tiene el mundo
de instintos malvados,
á quienes el necio
viste de brocado
creyéndoles ángeles;
pero llega un caso
en que ven la suya
cual raton el gato,
y burlan al tonto
que los ha encumbrado,
haciendo una hazaña
cual de Clorí el gato.*

FÁBULA XXII.

El pastelero y el aprendiz.

Admitió un pastelero en el oficio un muchacho en el tal algo novicio, y dejóle encargada confitura en el horno tostándose su hechura.

Pero el chico inexperto la olvidó y el pastel descuidado se quemó.

Volvió el maestro, y al mirarle tal, «he sido, dijo, todo un animal.»

*Dice el refran que quien con niño acuesta
por experiencia sabe lo que cuesta.*

FÁBULA XXIII.

La mariposa y las flores.

En una rosa temprana
de vida y encantos llena,
mariposa casquivana
se detuvo una mañana
de abril, plácida, serena.

En su pétalo, preciosa
se advertía del rocío
la líquida perla ansiosa,
en su loco desvario
libó el néctar codiciosa.

Nada advirtió y á volar
de nuevo se lanza breve,
cuando sintió suspirar
y hondas quejas exhalar
acusándola de aleve.

Era la rosa mustiada
que seco el cáliz gemía,
espirando en la alborada,
en que dió gaya y preciada
sus bellas hojas al día.

—«Debí mi cáliz cerrar,
»murmuró la pobrecilla,
»cuando te vi aproximar,
»solo viniste á matar
»mi pobre vida sencilla.

»Sin jugo ya que absorber
»de ese que emana del cielo,
»¿qué en el jardin puedo hacer?
»sufrir y al fin perecer;
»la muerte es ya mi consuelo.

Y calló la flor preciada
y de la vida al amor
cerró su cáliz, mustiada
por el insecto traidor,
que otra flor libó pintada.

Absorbió de su rocío
el elixir venturosa,
pero sintió venenosa
en la flor glacial desvió
y sensacion ardorosa.

Tenaz insistió en su empeño
de beber la gota clara,
y de ella el delirio dueño,
no comprendió que era un sueño
que enferma su sien forjara.

Amante la pretendiera
y ardiente la codiciara,

entera su alma la diera,
y un desengaño notara
en el desden que advirtiera.

*Suele el hombre mariposa
en su existencia de amores
posar su ala voluptuosa
en la corola preciosa
de algunas candidas flores.
Mustiarlas luego, é inconstante
de otras flores ir en pos
rendido, loco y amante,
mas castígale constante
en cruel desengaño Dios.*

FÁBULA XXIV,

El oso y el colmenar.

Un oso atroz hambriento discurría en busca de bellota el monte todo sin el triste encontrar encina ó roble ó avellanos, castaños ó madroños, que cargados del fruto apetecido su hambre feroz calmase, hambre de oso. Nada encontraba el infeliz herbívoro y obligóle su estómago por flojo

á discurrir aun más que cien letrados
que aprendido se hubiesen cien mil tomos.
Aproximóse á un coto muy expuesto
á tropezar del guarda con el plomo,
y advirtió colocadas en hilera
unas colmenas; viólas, y de gozo
á bailar empezó puesto en dos patas,
como bailan, lector, siempre los osos,
olvidando un momento su peligro,
regocijándose al banquete próximo.
Temió un instante, pero al fin el hambre
vehemente decretó en tono imperioso,
y el animal dispúsose al asalto
y asaltó el colmenar, mas ¿sabeis cómo?
No del rico panal las dulces mieles
con el hocico ó garra estrajo tonto
exponiéndose al aguijon temible
del enojado enjambre; receloso
al hombro echó con la mejor colmena
y en busca fué del más cercano arroyo
donde prudente las abejas sume,
ahogando así su vengativo encono
y comiéndose luego los panales
sin miedo ya, con gravedad y aplomo.

*Esto bien significa cuánto aguza
los sentidos el ver la oreja al lobo.*

FÁBULA XXV.

El juicio de las flores.

En un jardín perfumado
entre mil variadas flores
que con brillantes colores
y aroma, el viento impregnado
dejan de blandos vapores,
junto á un pobre lirio crecen
en su arbolillo gentil
dos adelfas que se mecen
y de orgullo se estremecen
al soplo de aura sutil.
Visten de bello ropaje
y de ostentoso color,
entre el verdegay encaje
que forma espeso el follaje
alzado en su rededor.
Y de altivez y de orgullo,
necio siempre entre las flores,
conciertan ronco murmullo
de las brisas al arrullo
que acarician sus colores.
Rien con torpe alegría

de un lirio que crece gayo,
pero que humilde desvia
de la modestia ante el rayo
la idea de su valía,
y le burlan y escarnecen,
y le insultan con su risa
y en carcajadas le ofrecen
dicterios, que bien merecen
del desprecio la sonrisa.
Así el lirio comprendió
que á las adelfaspreciadas
tratar tan solo debió,
y á sus dobles carjadas
su desprecio respondió;
pero notólo el clavel
y las rosas lo notaron,
y en suma todo el verjel
y las flores concertaron
celebrar un juicio fiel.
El lirio humilde acudió
con su aromática esencia,
y el jardin le sonrió,
que siempre nos agradó
de la modestia la ciencia.
Y las adelfas llegaron
con sus colores y galas,
y la atmósfera impregnaron

con el color que dejaron
del éter leve en las alas.

*El juicio se resolvió
dando la razon al lirio ,
al que el verjel aplaudió
porque modesto sufrió
del vil insulto el martirio ;
y las adelfas corridas ,
avergonzadas huyeron ,
que las miasmas desprendidas
de su cáliz consiguieron
hacerlas aborrecidas.*

FÁBULA XXVI.

Contra pereza diligencia.

AL SR. D. EUGENIO CLEMENTE OLALLA ,

Licenciado en leyes, Abogado del ilustre Colegio
de Valladolid, etc., etc.

De Horacio y Ciceron émulo ardiente
Toga y pluma ilustró tu sien preclara,
La inspiracion brotando de tu frente,
Brotando del saber la llama clara,
Y dulce y armonioso

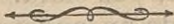
Gayo Apolo su lira te prestara
Al escuchar tu acento melodioso.
Yo que tus versos admiré, poeta,
El fuego de una mente en ellos viendo
A quien dicta la rima mas discreta,
Reglas que el arte van esclareciendo,
Con lento débil paso
Del Helicon la cumbre voy subiendo
Escalando la cima del Parnaso.
Errante peregrino á quien envia
Su devocion al arte en pos el templo
De la gentil y bella poesia,
En constancia seré quizá un ejemplo.
Mas agria de Talía
La faz hermosa para mí contemplo
Que el talento mis pasos hoy no guia.
Quisiera de tu pluma lo galano,
De tu diccion lo blando y lo sencillo,
A mi sien imposible y á mi mano.
De tus versos haber quisiera el brillo;
Pero esto es imposible,
Y á tu sonoro plectro el plectro humillo,
Que otra cosa intentar fuera punible.
¿Sonries y me alientas? Lo agradezco;
¿Que la gota por fin la piedra horada?
¿Que trabaje me dices? Yo te ofrezco
No cejar ante nada ni por nada,

Y en prueba de que creo
En tu máxima, escucha mal rimada
La fábula que forja mi deseo.

Surcaba un labrador con el arado
Un campo extenso, poco trabajado,
Y mirando la mucha que faltaba
Dura tierra que abrir, desesperaba
Diciendo perezoso desmayando:
«Aunque arando estuviera y más arando
Un año entero en pos la aguda reja,
El campo arado ogaño no se deja.
Soy solo y ya no puedo, estoy rendido,
Cansado, sin vigor, desfallecido.»
Otro labriego jóven que escuchaba
Lo que el de antes consigo platicaba,
«Trabaja más, le dijo, perezoso,
Que aunque el disco del Sol esplendoroso
Tueste tu faz quemando tu semblante,
El pago encontrarás más adelante;
Tanta tierra cual tú trabajo activo,
Y tranquilo y feliz y honrado vivo.»
Avergonzóse el de antes; diligente
Trabaja sin cesar, llena la frente
De copioso sudor, brega y fatiga

Robusto el cuerpo, y al ganado obliga,
Y roto el campo al fin surcos le ofrece
Aposento do el fruto engendra y crece.

*Aspera y dura es y es escabrosa
La senda del trabajo: fatigosa,
Y difícil y larga, pero es breve
Si noble emulacion á ella se atreve.*



EL DIOS JANO.

Dos caras diz tenía
el buen dios Jano,
dios venerado en tiempos
de los romanos.
Mueren los dioses,
pero no acaban nunca
los Janos hombres.

FÁBULA XXVII.

El petimetre y el albañil.

Un jóven elegante
deprisa caminaba
por ver los lindos ojos
azules de una dama.

Pasaba entusiasmado
con orgullosa planta,
calzando guante estrecho,
botina charolada;
luciendo en su pechera
dos joyas, que lanzaban
reflejos deslumbrantes
del sol á la luz clara.
Colgado de un andamio,
trabaja y más trabaja,
un albañil el frente
picaba de una casa:
á la sazón el jóven
debajo de él cruzara,
y un cacho del escombros
su frac pulido mancha.
Irrítase, se limpia
y dícele: canalla,
al obrero, permita
el cielo al suelo caigas.
Rompiéndose el andamio,
por el espacio lanza
al pobre que el sustento
honrado allí ganaba.
Mas al tocar el fin
aéreo de su marcha,
encima el petimetre

el albañil descansa,
quedando sano y salvo
en tanto agonizaba
el maldiciente joven
de traza aristocrática.

*Sucede de continuo
el ver castiga airada
la Providencia al hombre
que el mal ageno aguarda.*

FÁBULA XXVIII.

El príncipe y el estatuario.

En casa de un estatuario
un príncipe entróse, viendo
como muestra en el dintel
la cabeza de Pompeyo.

Llamó al artista y le dijo:

—Famoso busto, maestro:
quiero comprarle; ¿qué vale?

—Vale cuatrocientos pesos.

—Es barato y os le compro;
pero me choca en extremo
valga en mármol ese busto
tan poquísimo dinero,

cuando el mio cuesta doble
aunque está vaciado en yeso.

—Eso consiste, repuso
el artífice discreto,
en que estais vivo, Señor,
y el rival de César muerto.
Cuando cayendo los años
pasen muchos, yo me creo
valdreis, si mucho valeis,
sobre poco mas ó menos,
lo mismo que el que comprais.

—¿Quiere decir, segun eso...?

Que la adulacion, el dolo,
es de moda en todos tiempos,
y al concluirse la vida
queda efímero el recuerdo.

*Porque en el hombre, señor,
la ingratitud tiene templo.*

FÁBULA XXIX.

El pintor y su cuadro.

Encargáronle á un pintor
un cuadro de grande marca,
que un paisaje represente,

el rayar de una mañana;
y en premio de su trabajo,
si con perfeccion le acaba
en doce meses, le ofrecen
cuanto por él reclamara.

Convino el pintor, y un dia
de bella apacible calma,
de cielo puro y hermoso
con nubes de oro y de grana,
quiso empezar su tarea

y un lienzo puso en su estancia,
y colorido y pinceles

tomando, á copiar se lanza
de bella naturaleza

los bosques y las cascadas.

Mas cuando iba ya á imprimir
la primera pincelada,

dijo creyendo la hora
de su riqueza cercana

y ya llegado el momento
de oir publicar su fama:

—Basta por hoy de trabajo;
quédese para mañana.

Y pasaron dias y dias
de poética alborada,

de auras dulces y apacibles
por mil flores perfumadas,

entretanto que el artista
vive entregado á la holganza,
sin hacer más que acercarse
á su tarea empezada
y decir: *Basta por hoy,*
quédese para mañana.
Pero hé aquí que el abril
no ostenta ya su galana
faz, ni el sol esplendoroso
sus mágicos rayos lanza,
que en vez del cielo azulado
solo por el éter vagan
nubes cetrinas de rayos
y de tempestad cargadas,
ni hay árboles revestidos
de hojas frescas y lozanas,
ni alfombras, ni musgo donde
hubo ayer fértiles plantas.
Todo es sequía y rigor,
todo el invierno declara.
El pintor conoce entonces
los efectos de su holganza,
y al mirar el lienzo que
de terminar nunca acaba,
decíase contemplando
sus miserias y desgracias:
¡Cuántos como este pintor

*sus verdes años malgastan,
sin tener jamás presente
que el trabajo de la infancia
es el lecho de oro en donde
nuestro bienestar descansa.*

FÁBULA XXX.

El talento y el estudio.

Llevo la luz y la llama,
pregonaba un fosforero.
¿Quién me compra una cajita,
que de Cascante las llevo?
Y voceaba, y más voceaba,
ponderando su comercio
y poniéndose hasta ronco
el Mercurio pequeñuelo.
Juanito, que de la mano
se paseaba con su abuelo:
la *luz* y la *llama*, dijo,
¡será el pequeño embustero!
si el fósforo no se enciende,
no alumbra ni da destellos;
luego si la luz pregona,

que les prenda á todos fuego.

—No tienes razon, Juanito,

y pues que esto viene á pelo,

escucha, que una leccion

darte quiero, amado nieto.

Dota Dios de inteligencia

á los humanos cerebros,

y el estudio lima y pule

el más claro entendimiento.

Guarda el fósforo escondido

en su cabecilla el fuego,

y si le frotas se enciende.

Labra, Juanito, el talento

en la arena del estudio,

y en ti brotará el destello

de la ciencia y del saber:

no olvides este precepto.

FÁBULA XXXI.

El orgullo castigado.

En la punta de un palo, un marinero
Sonreia orgulloso y altanero,
Contemplando á sus piés buque y amigos,

De su elevada posicion testigos.
Domino el mar, decia, en el espacio,
Rey del éter habito su palacio,
Y enanos á mis piés miro rendidos
Los héroes esforzados y atrevidos
Que adelante llevaron por do quiera
Altiva y vencedora su bandera.
Obcecado entretiénese el marino,
Al pensar en tamaño desatino
Descuida la maniobra entre sus manos,
Corre una jarcia, escapa, sus galanos
Sueños trocando en cruda desventura,
De cruel castigo el sufrimiento apura.

*Cuando más elevados nos creemos
Quizá á caer más próximos nos vemos.*

FÁBULA XXXII.

El viajero y la tempestad.

Caminaba un viajero
de un estrecho sendero
por las sinuosidades escabrosas,
y era una noche oscura
sin que un solo lucero

condujera sus plantas temerosas.
Su vista mal segura
do quier hallaba sombras y fantasmas,
que envueltos en el viento
ya llegan hasta él, ya del se alejan,
ya se alzan hasta el cielo, ya se hunden,
ó llenan la extension del firmamento:
la lluvia y el granizo no le dejan
el aire respirar y le confunden.
En tal estado un hombre que no fuera
hombre tan valeroso,
llorado acaso hubiera,
y con grito angustioso
socorro en voz solemne á Dios pidiera,
y por desesperarse concluyera;
mas no así nuestro hombre;
sentóse muy tranquilo,
arrebujóse bien en su ancha capa,
y con gracioso estilo
á una peña pegándose, que tapa
del rigor de los cierzos su persona,
dijo:—«Desborde el Nilo,
caigan centellas, rayos á montones,
mañana es otro dia; si hoy se encona
la suerte contra mí me importa un bledo,
que tras los nubarrones
el dulce sol esplendoroso existe;

y así, si hoy estoy triste,
mañana estaré ledo.»

*El hombre desgraciado
que sufre los rigores de su suerte
airada y desabrida,
un ejemplo acabado
tiene de sufrimiento en el viajero:
ni aun entre la muerte
debe desconfiar hallar de vida
el vivido lucero.*

FÁBULA XXXIII.

El sol y las nubes.

De Noviembre una mañana
pálidas nieblas el cielo
encapotan, claro el sol
detrás de ellas sonriendo,
pero sin poder lanzar
á la tierra sus destellos,
entre los cuales y aquella
se extiende nublado velo.
Lucha el astro esplendoroso
su rojo fuego extendiendo,
cuyo arrebol el tapiz

anima del firmamento;
pero en vano, densas nubes
su aparicion impidieron,
hasta que al fin disipadas
á impulsos de blando viento,
abrió su broche galano
el fanal del universo.

*Son nubes al cielo hermoso
de la virtud, los acentos
que el vicio elevar intenta
á veces en nuestro pecho;
pero es fácil disiparlas
si orea nuestra alma el céfiro
que surge en la sien, creado
por los buenos sentimientos.*

FÁBULA XXXIV.

Los dioses alborotados

Allá en el Olimpo los dioses un dia
Armaron tal gresca y tal confusion,
Riñendo á guantadas, que ¡quién lo diria!
Más de uno de aquellos sacó un buen chichon.
Señores: gritaba Mercurio, ¡qué es esto!
Batiendo el alado talon comercial,

A tiempo que un trompis terrible, funesto,
Le rompe el cadúceo tremendo fatal.
En vano Tonante alzado en su trono,
Sus rayos vibrando la calma volver
Intenta el dios Jove ya ciego de encono,
La bulla queriendo por sí contener.
No cesan, no callan, y Vénus Ciprina
Entabla con Juno querella incivil;
Neptuno el tridente empuña, y atina
A Baco una herida que vale por mil.
Furioso alza Marte su espada, y sangriento
La esgrime con saña, con hórrea inquietud,
Haciendo las paces en solo un momento,
Tornando al Olimpo la calma y quietud.
Minerva, que mira desde una atalaya,
Aquesta sentencia consigue dictar:

*No es fácil el orden do quiera que haya
Muy muchos que á un tiempo procuren mandar.*

FÁBULA XXXV.

El rey y el pájaro.

Un rey de..... yo no sé dónde
se hallaba en una colina,
desde la cual dominaba

cuanto alcanzaba su vista,
diciendo de esta manera
con voz potente y altiva:
«¿Quién mi poder avasalla?
hombre soy que no aniquila
ni con su aspecto la muerte,
ni la infame cobardía.
Nadie hay que conmigo pueda,
todos tiemblan y me miran
con respeto, desafío
á cuantos el mundo anima
y al más fuerte.» Pero en esto
ya la noche su espesísima
niebla tiende y le es preciso
al rey dejar la colina.
Baja al valle, y como aquella
le hubo de cansar, se arrima
de un árbol al pié robusto,
en cuyas ramas tejian
avecillas de mil clases
las viviendas en que anidan.
Sentóse, pues, y pensando
en su gran soberanía
vela Morfeo sus ojos
y la frente al dios inclina,
que en los mortales imprime
sello de muerte ficticia.

Mas poco á fe le duró;
de pronto sintió una fría
impresion sobre su faz,
pues imprudente avecilla
se cuidó sobre el gran rey
de lanzar..... lector, atina
lo que sería: ello fué
cosa que tú no querrias.

Despertó el rey, y llevándose
la mano al rostro, decia:

*¡Qué poco somos los hombres
en la tierra! pues me explicá
esto que en mi frente posa,
que el hombre, por más que diga,
aunque encumbrado se encuentre,
aunque se encuentre en la cima
del poder, rey ó vasallo,
un pájaro le castiga.*

FÁBULA XXXVI.

Apolo, el dios Pan y el rey Midas.

Un certámen celebra con Apolo
el dios Pan, que la flauta diz tañia,
y en presencia de Midas tocó el uno,
mientras el otro pulsó la gaya lira.

Juez del certámen nombran al monarca,
que extasiado á los músicos oía,
y al final el premio al dios Pan le otorga,
torpe en extremo, el ignorante Midas.

Furioso Apolo al advertir tal mengua,
anatema vil contra el Rey fulmina,
al que al punto creciendo las orejas
las de un pollino en sí completas mira.

*Muchos conozco yo, jueces de palo,
que la justicia estúpidos mancillan;
y es que no hay hoy Apolos bienhechores
que exijan las orejas consabidas.*

FÁBULA XXXVII.

El jilguero y el sol.

Figuraos, pues, un débil jilguerillo
que el raudo vuelo al sol alzar intenta
y el éter cruza, elévase y alienta
cándido pajarillo,
donde su luz vivísima y radiante
Febeo rubio enciende,
y en crencha roja tiende
los rayos de su disco de diamante:

que al hendir de la atmósfera animoso
las capas de aire en su redor ceñidas,
y por Dios en la nada detenidas,
rendido y anheloso
sucumbe á su arrogancia,
y ahogado el ala matizada plega,
y al suelo descendiendo muerto llega
de la azulada trasparente estancia.

*Así el poeta leve que en su canto
orgullo presintiera,
y humilde y débil elevar quisiera
su voz al cielo, consiguiera tanto,
que al fulgor de la luz de algun ingenio
á silbidos hundierase su genio.*

FÁBULA XXXVIII.

El odio y el amor.

El odio y el amor diz se encontraron
un dia en una senda y disputaron,
mediando entre otras varias quisicosas
insultos y diatribas injuriosas.
Desde entonces el odio, alguno cuenta,
nunca del ciego amor mucho se ausenta,
le sigue pertinaz y vengativo,

ocasion acechando siempre activo,
y en cuanto el vendadillo se descuidas
ocupa su lugar y dentro anida
de los pechos que amor dulce impregnara
de néctar celestial, los acibara,
los domina tiránico y terrible,
la hiel vertiendo en ellos irascible.

FÁBULA XXXIX.

El goloso y el pastel.

Halló una una mosca un goloso
dentro de un rico pastel,
y ascos mil haciendo del,
no le probó receloso.

Contemplóle codicioso
diciendo al reflexionar:

*De estos tambien suelen dar,
aunque el creerlo me asombre,
en la sociedad al hombre,
mas se los suele tragar.*

FÁBULA XL.
— — —
Á BLANCA (POETISA).

Los dos emigrados.

En tanto que inspirado gentil estro,
tu frente juvenil ardiente inflama,
pobre mi númen expresarse intenta
con débil torpe estilo, hermosa Blanca.
Las nueve de Helicon te ofrecieron
sus nueve preciosísimas guirnáldas,
y en tus sienes de vírgen colocaron
el fuego puro de sus gayas flámulas.
Virtud, belleza, inspiracion reunes,
y aun en tu sien alienta pura el alma,
mecida por doradas ilusiones,
que esmalta bello un porvenir de nácar.
Cruza del mundo la quimera leve,
vive ignorando su mezquina farsa;
no quiera Dios despiertes á su embate,
cual débil gondolilla en mar airada.
Goza tranquila tu presente hermoso,
no anheles más feliz otro mañana,
que el dia de la vida nunca tiene

los encantos seductores de su alba.
Mas yo escribo y escribo no pensando
dedicarte intentaba pobre fábula;
escucha, niña, si te place, al vate
que el primero te admira, bella Blanca.

.....

Dos amigos emigraron
de su patrio natal suelo,
y tierra extraña pisaron
y sin recursos se hallaron
á merced solo del cielo.

Uno de ellos dos sufría
con calma y resignacion
del hado la saña impía,
mostrando la valentía
de su magno corazón.

El otro más triste estaba
melancólico, abatido,
y al verle se adivinaba
que hondo pesar laceraba
de su existir el latido,
—¡Animo! dijo el primero
perfilando una sonrisa,
al sino tirano y fiero
se le conjura altanero
puesta en el labio la risa.

¿No hay recursos? bueno fuera

que por tan mezquina cosa
ahora un hombre sucumbiera,
y sin buscarlos siquiera
se aposentara en la fosa.

Por ellos iremos pues,
trabajemos ¡voto á San!.....
que ya Dios dirá despues;
trabajando fácil es
encontrar siquiera pan.

—Tú, es verdad, dijo el segundo
porque ilustraste tu sien,
y en talento eres fecundo;
pero yo no hice en el mundo
más que holgar y comer bien.
Si entonces sabido hubiera
lo que hoy aquí me pasara,
más aplicacion tuviera
y pesares no sintiera,
porque con fe trabajara.

—Razon de más; yo me obligo,
respondió su buen amigo,
á trabajar por los dos,
ya que útil serte consigo;
pero estudia.

—Sí, por Dios.

*Util es siempre el saber,
que ocurrirnos puede acaso*

como aquel se vió nos ver,
y así á mano no tener
un amigo para el paso.

FÁBULA XLI.

Las niñas y la rosa.

Jugando en el Retiro una mañana
varias niñas alegres divertían
las horas que tranquilas discurrían
de su infancia gentil, bella y galana.
Ajenas á la hiel del mundo insana
saltaban bulliciosas y reían,
y el florido Parterre recorrían
mirando dél la rosa más lozana.

Una de ellas la toma al guarda hurtando,
y al verla las demás todas la quieren
la flor en su contienda deshojando.

*Los que esta breve fábula leyeren
aprendan á no ansiar el gusto ajeno
aunque lo ajeno suyo apetecieren.*

FÁBULA XLII.

Los imprudentes castigados.

Gaspar y Pepe querían
un cordelillo romper,
y tijeras no tenían,
ni cuchillo, ni otro enser
de los que á tal servirían.

Un extremo cada cual
agarró con firme mano,
y á convenida señal
tiran, rómpese, y fatal
golpazo diéronse insano.

*A esta y otra consecuencia
se expone el que, fácilmente
sin malicia ni experiencia,
suele apartar de su mente
una sensata prudencia.*

FÁBULA XLIII.

El aplicado y el holgazan.

En un mismo colegio
dos niños estudiaban
á un tiempo igual entrambos,
y muy dado á la holganza
era el primero de ellos,
que Alfredo se llamaba.
El otro, Juan José,
por el contrario, faltas
de aplicacion jamás
notáronle en el aula,
y eso que nunca al juego
el escolar faltaba.
Llegaron los exámenes,
acércase el buen trápala,
que ni un libro en el año
por distraccion mirara;
pregúntanle, ni un golpe,
no dijo una palabra,
no habló una jota, mudo
quedóse el que á la holganza
las horas del estudio

en juegos se pasara.
Le toca el turno al otro
y á todo contestaba,
el premio recibiendo
que el inspector regala;
mientras Alfredo llora,
patea, y luego en casa
su padre, incomodado,
le da una felpa magna.

*El niño que estudioso
los años de su infancia
en ilustrarse emplea,
no tema malandanza;
pues oro que no pierde,
ni merma, ni se gasta,
es aquel que se adquiere
en los colegios y aulas.*

FÁBULA XLIV.

El hombre, el perro, el cerdo y la urraca.

Un hombre descuidado
en un prado dormia dulcemente,
y á su lado acostado
su perro vigilábale fielmente.

Enfrente, con perdon, un cerdo inmenso
gruñendo rebuscaba el campo extenso
hozando enfurecido;
por las pulgas picado de tal modo,
que ya tomó el partido
de rascarse tumbándose en el lodo.
Al hombre se acercaba reptil leve,
su enconado aguijon vibrando aleve;
el perro que le via,
á su dueño lamiendo le despierta,
y ladrando queria
señal le hacer de que estuviese alerta;
pero el hombre castiga enfurecido
al perro, y á sus piés oye el silbido
de la culebra vil,
que entre la yerba astuta ya iba huyendo
presurosa y sutil
con su fino silbar el aire hendiendo.
El hombre al tiempo mismo vió mohino,
tranquilo y quieto al gruñidor cochino.
Encima de su lomo
una urraca parlera le picaba,
y el cerdo quieto, como
que de pulgas el pájaro limpiaba
engulléndolas que era una delicia
al guarro por fortuna asaz propicia.
Yo al perro he castigado,

dijo el hombre, con furia desmedida,
despues que me ha salvado
del astuto reptil quizá la vida,
*y leccion provechosa ahora contemplo
de gratitud en el cochino ejemplo.*

FÁBULA VL.

La niña, el corderillo y el hortelano.

En una huerta
pastaba alegre
un corderillo
muy jugueton,
atado al tronco
de un limonero
por un precioso
rojo cordon.

Su jóven dueña
le visitaba
todas las tardes
al declinar,
y entretenia
las horas, leve
con el cordero
yendo á jugar.

Era éste blanco,
lana rizada,
tan cariñoso
y adulador,
que cuando triste
la niña via,
balaba tierno
su lengua amor.

Vizcocho blando,
yerba abundante,
mezclado el trigo
con pan y sal,
era la *dieta*
con que cuidaban
al manso y dócil,
lindo animal.

De Abril florido
entre celajes
de grana y oro
y rosicler,
sol esplendente
se deslizaba
en el ocaso
al trasponer.

La hermosa niña
bajó á la huerta,
dió á su cordero

de merendar,
y ella de dulces
y confituras
quiso el almíbar
tambien gustar.

Mariposilla
color de nácar
sobre sus sienes
el aire hendió,
y la graciosa
niña hechicera
tras ella sutil
en pos corrió.

Dejó los dulces
y al corderillo
prendido al árbol
de su cordon;
pero al ver éste
las confituras,
quiso probarlas
el muy gloton.

Tanto tirara
por conseguirlas,
y al cuello el lazo
tanto estrechó,
que ya cadáver
le vió la niña

cuando dél cerca
gentil volvió.

Llanto derrama,
y el hortelano
vino en seguida
y dijo: *Ved*
lo que les pasa
á los que anhelan
placer ajeno
con torpe sed.

FÁBULA XLVI.

El labrador y el árbol.

Debajo de un árbol fuése
en una tarde de lluvia
un labrador esquivando
de la tormenta la furia.
Aquí, tranquilo decia,
la faz algun tanto mustia,
no me mojo; pero..... ¡calle!.....
¡tambien llueve!.... ¡pues me gusta!
dijo el buen hombre riendo:
¡de mí las nubes se burlan!
aquí me mojo dos veces;

¡me da el árbol buena ayuda!

Y sin esperarse á más

fuése en busca de sus mulas,

formulando en rudo estilo

esta discreta pregunta:

¿Habré sido yo tan solo

quien de un mal huyendo, busca

necio en otro mal remedio

y dos males se le juntan?

FÁBULA XLVII.

El cazador y la zorra.

Un cazador muy astuto
cazó á una zorra en un lazo,

y allí en castigo la tuvo

rabiar haciéndola un rato.

Prendida en él la dejó,

fuése á tirar un gazapo,

y al volver ya no existia

de la zorra más que el rabo,

que á fuerza de discurrir,

aunque en el lazo quedó algo,

consiguió dél escapar

con vida el raposo; airado
maldecía el cazador
no haberla muerto en el acto.

*Que hay en el mundo animales
de instintos tan endiablados,
que por bien que se les coja
atándoles piés y manos,
al descuidillo más leve
nos juegan un lindo chasco.*

FÁBULA XLVIII.

El borracho y el chusco.

A un borracho muy borracho,
pero borracho en exceso,
que á las diez de la mañana
eses mil iba ya haciendo,
dijo un chusco que pasó,
observándole primero:

—«¡Vaya una turca, mi amigo!
temprano las caza al vuelo.»
Pero nuestro buen borracho
salida encontró al momento,
y guardando el equilibrio
tal cual pudo, dijo: «espero

que se rectifique usted
como hacen en el Congreso ;
usted me ha insultado....»

— ¡Calle!
y lo toma por lo serio.

—Sí, señor; usted me ha dicho
que madrugo y cazo al vuelo,
y eso no es cierto, la prueba...

—Es que no se está derecho,
y que va á dar de narices;
váyase á casa, buen viejo.

—No quiero; usted me insultó,
dijo que cazaba al vuelo
y que madrugaba mucho
por las turcas del añejo,
y no es verdad.

— Bueno, basta...
— ¡Qué basto ni qué grosero!
el grosero lo es usted,
que dice lo que no es cierto.

— Bien se ve.

— Es que esta turca
es la de ayer, compañero.

*Algunos hay, que intentando
disculpa á sus mil defectos,
para desmentir algunos
publican á voces ciento.*

FÁBULA XLIX.

El arriero y el estudiante.

En una posada juntos
pararon dos caminantes,
y unidos aposentaron
entrambos sus equipajes.
Era el uno un gordo arriero,
en chorizos traficante,
y era el otro un escolar
más largo que astuta el hambre.
Volvia de Salamanca
despues de sufrir exámenes,
convertido en Bachiller,
no sé si en Letras ó en Artes;
pero de todas maneras
hecho un doctor en maldades,
de esas maldades que forman
del estudiante el carácter.
No llevaba muy repleto
el estómago, que el padre
de nuestro aulista la dieta
le predicaba, y muy fácil
el ayunar, le decia,
era asaz fortificante;

pero el hijo á mi entender,
á pesar de su buen padre
y de sus santas doctrinas,
antes que mortificarse
con ayunos, preferia
mortificarse con carne,
ó jamon, ú otras cosillas
de parecido talante;
así es que cuando miró
y vió los triples engarces
del cáñamo, que prendia
los chorizos, amenguarse
sintió la triste fatiga
de su estómago, y al diantre
echando escrúpulos, dijo:

«Preciso es calmar el hambre.»

—Buen amigo, articuló
en alta voz, cosa es grande
que los chorizos estén
este año casi de balde.

—¡De balde! contestó el otro
en vísperas de asustarse.

—Sí, en Salamanca se venden
la docena á cinco reales,
y son mejores que esos
que usted lleva.

— Vaya al diantre:

estos son de Candelario,
lomo puro.

— No es muy fácil,
el aspecto es bien mediano.

— ¡Mediano! Va usted á probarles.

— No... no... que luego me quita
la gana, si algo como antes
de cenar, y pienso hacerlo
mejor que el más rico abate.

— Pues el dejar de comer
por haber comido vale:

voy á freir entre huevos

unos cuantos, y al gustarles

usted verá si merecen

siquier venderse á diez reales.

Lo hizo en efecto el pobrete,

el bueno del comerciante

en chorizos, y el alumno

de Ciceron y otros tales

cenó *gratis et amore*

merced á su astucia. *Fácil*

es entender que esto prueba

de una manera palpable

aquel refran tan antiguo

de los castellanos lares:

«Discurre más un hambriento

que cien sabios respetables.»

FÁBULA L.

La oropéndola y la serpiente.

Esmaltan el campo las flores,
desliza el arroyo cristal,
las aves entonan amores,
alborota la luz matinal.

Celajes de nácar y rosa
saturan el diáfano tul,
é inmensa se extiende espaciosa
la cóncava bóveda azul.

Elévase un árbol gigante
y otro árbol enfrente hay igual,
en medio un cordon vacilante
oscila del viento al caudal,
cogidos sus ambos extremos
al árbol de allá y al de aquí
y un nido prendido en él vemos
y un ave dorada está allí.

El tronco del árbol primero
le ciñe un reptil en redor,
que intenta asechanzas artero
al nido con ciego furor.

Mas bella y tranquila se mece

el ave sencilla en su nido,
que el cielo favores la ofrece,
no teme al reptil atrevido.

.....
¡Oropéndola preciosa,
ave inocente y sencilla,
dulce bella y amorosa,
puraavecilla dichosa
que en el bosque hermosa brilla!

Dios, que tan débil te hiciera,
te dió el instinto sublime
que te evita muerte fiera,
y de la serpiente artera
en el aire te redime.

¡Oropéndola preciosa,
gentil y hermosaavecilla,
de existencia deliciosa,
vive en el aire dichosa
y en el bosque feliz brilla!

FÁBULA LI.

El leon, el águila, la pantera y las demás fieras.

Era el leon, como siempre sucedió, segun nos cuentan, el rey de los animales cuando esta fábula empieza.

Dominio habia en los bosques espesos, en las cavernas y en lo más vírgen y oculto de oscuras y fuertes selvas.

Antojósele una tarde, engullendo una gacela de ojos dulces que apresó, el celebrar conferencia con algunos animales de aristócrata fiereza.

Limpióse en un jaramago las garras, fuése á su cueva, y desde allí convocó á las más terribles fieras que poblaban los espacios y que habitaban la tierra.

Llegó el águila caudal
hendiendo el éter soberbia,
llegó muy poco despues
con torvo mirar la hiena,
llegó el tigre de Bengala,
de Java llegó la negra,
sanguinaria, pero hermosa,
ágil y astuta panterá.

Llegó el chacal, llegó el toro,
y para escribir, atenta
una rabilarga mona
haciendo cincuenta muecas.

Constituyóse en sesion
en un antro, gruta ó cueva,
que para el caso es igual,
la terrible concurrencia,
y habló el leon el primero
diciendo:

—Fieras, es fuerza
que aquí mismo en este sitio
y ante mi régia presencia
se celebre una sesión,
cuyo predilecto tema
ha de ser el discutir
con quietud, calma y paciencia
cuál de vosotros es digno
de que se le tenga en cuenta

para obtener una cruz
que colgar en la pechera,
ó que prender en el morro
ó en el pico. Óyeme atenta,
respetable, fuerte y magna
y distinguida asamblea.

Cada individuo que escuche
vaya exponiendo en su lengua
sus servicios á... su estómago;
la discusion queda abierta.

Pidió la palabra el águila,
y habló de aquesta manera:

—Hiendo el espacio veloz,
la garra siempre dispuesta
en contra todo avechucho
que en el éter claro vuela.

Si le alcanzo le doy muerte
y me sirve de merienda,
ó de almuerzo, ó de comida,
ó de postres en la cena.

La mona escribió, y al punto
habló la negra pantera
lanzando bufidos secos
como prólogo á su arenga:

—Triste el cordero que miro,
triste la cándida oveja
que á mi alcance se detiene,

porque al punto por mí es muerta,
me la como y con sus pieles
formo camas en mi cueva.

Todos, en fin, la palabra
tuvieron y cosas buenas
oyéronse en los discursos
de la indicada asamblea,
quedando al fin acordado
por una comision, era
conveniente dar á todos
cruces, placas y encomiendas.

Firmó el decreto el leon,
y ya las córtes disueltas,
por así decirlo, fueron
las fieras á sus cavernas,
la mona á su bosque, el águila
al nido de su alta peña.

*Por distraerse en el mundo
ciertas elevadas testas,
convocan á reuniones,
conferencias ó asambleas,
sabiendo los concurrentes,
aunque sean hombres fieras,
cruzados por sus servicios
de los piés á la cabeza.*

FÁBULA LII.

El hombre y el cochino.

En un cubil holgábase un marrano
entre inmundicia, el grano
comiendo avaricioso
y gruñendo furioso
ál sospechar siquiera
á su cuadra llegar alguien pudiera.

Así el tiempo pasaba
y el tocino engordaba,
y más obtuso cada vez el guarro
revolcábase en paja, harina y barro.

Pero al fin llegó un día, y presuroso
un jayan al corral bajó animoso
armado de cuchillo y de caldera,
y muerte pronta y fiera
dió al inmundo animal con sana cruda.

Murió el cochino, y al sangrarle el payo
discreto, dijo, hablando con su sayo:

*Este es el hombre rico que el trabajo
para él en vano al mundo el Señor trajo,
vive entre los placeres,
y haláganle y distinguenle los séres*

*que el mundo humano pueblan; goza y goza,
y en la inaccion su vida se destroza.*

*Estipido le torna tanta holganza,
y muere al fin de vicio, aunque su panza,
cual esta del cochino,
no da sabrosa grasa de tocino.*

*Discreto anduvo el payo, y no os asombre,
más que cochino el vicio vuelve al hombre.*

FÁBULLA LIII.

Los gigantes y los pigmeos.

Diz que un tiempo los pigmeos,
de orgullo henchida la sien,
creyéronse á los gigantes
igualar y parecer,
haciendo ejercicios fuertes,
demostrando sin doblez
que ellos, aunque hombres pequeños,
eran muy hombres tambien.
Anunciaron cierto dia
una gran fiesta, en la que,
segun el programa hablaba,
ó anuncio, ó sea cartel,

iba á cargar un enano
sobre sus hombros á un buey,
mas no á un buey de quince arrobas,
lo menos de treinta y seis.
Efectivamente, el dia
de la funcion llegó, y hé
aquí que nuestro pigmeo
sale vestido de FE
á la plaza ó al teatro,
saluda al público rey,
y juez absoluto en casos
semejantes, y despues
sueltan al bicho, le mira,
nuestro enano váse á él,
se mete debajo, empuja
con la intencion de aquel que
emprende una obra con alma,
con vida entera. El querer
no nos basta muchas veces,
cayó el buey encima de él,
al fingido atleta hiriendo,
y aquí la gran burla fué,
y las pullas y silbidos
del público recto juez.
Riéronse los gigantes
mucho, á más no poder;
y los pigmeos, de entonces

es fama juraron que
no fijarian programas
de fiesta, anuncio ó cartel,
que pudiera en otra silba
sus esperanzas verter.
Por eso hay ciertos autores,
y uno conozco muy bien,
pigmeo, mas muy pigmeo
en esto de componer
versos, que dice: Señores,
gigantes del Pindo, ved
que soy enano y disculpa
tengo siquiera en la fe
con que visto en la palestra
de la literata grey.

*El que anuncia obras sublimes
sin saberlas exponer,
dice Horacio es muy posible
consiga por una vez
zurcir de púrpura y oro
pedazos en un fardel.*

FÁBULA LIV.

El manco y el incendio.

Incendióse una casa cierto día,
y Juan Robles el manco á ella acudia
muy deprisa, sofocado y soñoliento,
corriendo aun más veloz que corre el viento.

Dónde vas? le pregunta en el camino
uno que era su amigo y su vecino:
y él orgulloso responde con gran gozo:
«á impedir que el incendio haga destrozo.»

Rióse el otro mucho, mas prudente
tranquilo fuése donde fué la gente,
diciendo para sí: *Cuál nos engaña
de necia presuncion la astuta maña!*

FÁBULA LV.

La cigüeña y el labrador.

A la cigüeña un tiempo se tenía
por sagrado volátil, y no había
quien osara tenderla una escopeta
ó armarla un lazo con mañosa treta.
La zancuda orgullosa de tal modo
sin riesgo andaba, lo corria todo,
removia los surcos del arado
pillando al insectillo descuidado
ó al reptil que en el centro de la tierra
activo busca la picuda en guerra;
y luego encima de su magno nido
tranquila reposaba con descuido.
Pues señor, una vez la tal cigüeña
ú otra de su casta fué por leña
para hacer su vivienda de maderos
de una torre en los muros altaneros,
y volando advirtió de regadío
un rico extenso valle de plantío.
Con gozo le miró diciendo al punto:
«mucho insecto y reptil debe haber junto

en ese valle que á la vista tengo;
un año en él lo menos me mantengo;»
y haciendo de su pico fuerte azuela,
escarba y pica. El labrador la cela,
y al ver en su campo al avechucho,
no santo cazador, mas sí muy ducho,
empuña su escopeta, y fuego haciendo,
á la cigüeña mata, esto diciendo:

*El que del bien á nombre mal nos presta,
ejemplo en ti tomar nada le cuesta.*

FÁBULA LVI.

El viejo labrador y el jóven científico.

En un cortijo humilde
vivía un buen labriego
robusto y avezado
á lluvias en invierno,
calores en estío
y á cuanto aborta el tiempo.
Tenía un poco tierra
sembrada de centeno,
tenía una ó dos vacas,
tenía un gallinero,

tenia un par de mulas,
tenia un caballejo,
y no faltaba al hombre,
á nuestro buen labriego,
lindando ya algo próximo
con el cercano pueblo
de pámpanos crecidos
un tempranal majuelo.
Tranquilo disfrutaba,
si no salones régios,
ni trato de archiduques,
ó duques por lo menos,
una cabaña fresca
más limpia que un espejo,
frugal mesa, abundante
en postres de su huerto,
y un ancho y oloroso
cuanto mullido lecho.
Mas llega crudo un año;
del temporal el viento
unido con la piedra
arruina á nuestro viejo,
que duda maldiciente
hasta del mismo cielo.
Estaba incomodado,
de asaz ceñudo gesto,
limpiando una mañana

su reja y sus aperos,
cuando á pasar acierta,
sumido en pensamientos
tan tristes como noche
de rayos y de truenos,
un jóven que al mirarle
se para así diciendo:
«Hé aquí el hombre felice;
de buen grado su ejemplo
tomara y en el campo
del mundo huyera lejos.»
Oyóle así expresarse
el labrador, y atento
le dijo: «Sí le gusta
el campo; venga presto
y cambie su fortuna,
sus libros é instrumentos
por mis mulas y arado,
mi viña y mi centeno.»
Miróle conmovido
el jóven, discurriendo
si acepta, ó si no acepta,
y al fin le dijo: Acepto;
ireis hasta mi casa
en la ciudad, y haceos
servir por mis criados;
tomad un documento

que firmo á vuestro nombre,
de posicion cambiemos;
sed vos, hombre de campo,
el hombre del ingenio,
el hombre de la ciencia,
que yo, marchando el tiempo
seré, si Dios me ayuda,
feliz todo un labriego.

El trato así firmado,
hasta las ropas fueron
cambiadas, y donoso
estuvo nuestro viejo,
tostado por los rayos
ardientes de Febeo,
vestido de levita,
de guantes y sombrero,
como esos que la moda
discurre de dos metros.

¿Creeis, niños queridos,
pasó así mucho tiempo?
Pues no penseis tal cosa,
no sucedió por cierto.

Al jóven de la ciencia
las manos el apero
destroza ensangrentado
sus delicados dedos;
y en la ciudad al otro

le silban con estrépito,
le burlan, y por poco
se vuelve loco el viejo.

*Jamás el mundo presta
placeres ni contento
al hombre que en él vive;
pero es refrán añejo
que debe preferirse,
si ya lo conocemos,
lo nuestro por sabido
á lo ignorado ajeno.*

FÁBULA LVII.

Los dos borrachos.

Un hombre rico compraba
muy caro cierto licor,
y con él se emborrachaba
solito en su comedor.

Ibase luego á pasear
perdido aún de beodo,
eses haciendo al andar,
y hasta cayendo en el lodo.

En la taberna meterse
otro hombre pobre solia,

y de aguardiente ponerse
hecho una aguardentería.

Después paseaba también
dando tumbos y traspiés,
y preguntando quién es?
porque yo me trago á cien.

En resúmen se acertaba
de los dos difícilmente
quién con licor se embriagaba,
y á cuál privó el aguardiente.

*No del oro el esplendor
limpia la falta del vicio,
aunque éste brinde propicio
placeres, goces y amor.*

FÁBULA LVIII.

El congreso de los animales.

Córtés citó el leon, rey de las selvas,
Y fué el congreso un dilatado valle
Donde ocuparon diferentes puestos
Los graves diputados animales.
Presidente elegido ya en la silla
A guisa de esquilon, el elefante,

Su trompa mueve y el Congreso entero
Silencio guarda atento y respetable.
Abierta la sesion, la presidencia
Al tigre autorizó para que hablase,
Y el tigre se expresó con tales modos,
Pronunciando alusiones personales,
Que toda la sesion rectificando
Y de nuevo aludiendo pasó en balde,
Sin tocar la cuestion que allí les lleva
En el bien del pais para ocuparse.
Conozco muchos yo por este estilo,
Que sin ser diputados animales,
Pasan el tiempo discutiendo asuntos
De insulsa especie en discursazos graves.

FÁBULA LIX.

El leon y el perro.

De un leon en la jaula entróse un dia
Un perrillo faldero distraido,
Y al verle junto á sí, fuerte y bravía
Lanzó la fiera atronador rugido!
Temblaba el can al ver que pronta muerte
Amagaba su vida, y presuroso

Imploró del leon para su suerte
Porvenir más dulce y venturoso.
—Quién te ha dicho que yo tenga el intento
De acabar con tu vida? Yo batallo
Cuando encuentro enemigos de mi aliento,
Cuando fuerza y valor unidos hallo.
Vete, pues, que matarte fuera innoble,
Cobarde accion. *Deber, al poderoso*
Con el valiente á ser le obliga noble,
Con el vencido ó débil generoso.

FÁBULA LX.

La fuente de la pradera.

En claros manantiales
surtia de entre el césped
el agua pura y limpia
brotando cristalina de una fuente.

En espuma rizada
Deteníase breve,
bañando la pradera,
formando luego un arroyuelo débil.
Seguia entre las flores
en serpenteo tenue,

besándolas el tallo
gentil y manso, adulator y muelle.

Despues tomó cristales
de algunas otras fuentes,
y ya no fué arroyuelo,
que fué un arroyo de caudal vehemente.

Más tarde no un arroyo
le mires ni le observes,
arrastra cuanto encuentra,
asolando las huertas y las mieses.

Torrente es ya bravío,
devastador torrente,
quien era allá en su origen
naciente fuentequilla de entre el césped.

*Al mundo nace el niño
y es una fuente débil
de vida delicada,
luego en manso arroyuelo se convierte.*

*Despues arroyo, el hombre
veloz sus alas tiende,
y ya no es solo arroyo;
sus pasiones caudal dan al torrente.*

FÁBULA LXI.

El niño y la rosa.

Por ir un niño á cortar
bella una rosa encendida,
sintió en la mano el punzar
de una espina, *que en la vida
su dolor tiene el gozar.*

FÁBULA LXII.

El cordero y el pastor.

Saltaba en la pradera
triscando un corderillo
alegre, revoltoso,
feliz; el hado impío
no quiso prolongarle
su bienestar tranquilo.

Pastor arremangado,
armado de cuchillo
por él vino y asióle,
y el corderillo herido

aún inocente bala,
áun lame á su asesino
la mano, mira dulce
y muere inocentillo.

*Gozando de la vida
alegres el bullicio,
no sospechamos puede
herirnos cruel el filo
del viento de la muerte
en raudal torbellino.*

FÁBULA LXIII.

Los dos labradores.

Entrambos labradores dos hermanos
En un pueblo vivian juntamente,
Los dos robustos, diligentes, sanos,
Con el sudor viviendo de su frente.
Un campo cultivaban de centeno,
Y al tener la cosecha madurada,
Año miraron cual ninguno bueno,
Estando ya la siega preparada.
El fruto los hermanos dividian,
La paja al aventar sobre la era,
Y á sus necesidades atendian

Con tan sencilla y natural manera ;
El año de que os hablo era una tarde,
Y un hermano advirtió:—Tengo cuidado,
Encerremos, que el cielo...

—Bah, cobarde!

El otro respondió muy descuidado:
—Pues lo mio lo llevo á mi granero.
—Yo lo dejo aquí, que estoy cansado.
Lo hizo así, y en seguida un aguacero
Las eras arrasó.—Quedé perdido!
Lloraba el perezoso. El diligente
Su centeno salvó de la tormenta.
*Oportuna leccion de que prudente
Al hombre ser le tiene mucha cuenta.*

FÁBULA LXIV.

El muchacho ladron.

Un muchacho saltó por un cercado,
y entróse en una huerta,
al ruido se despierta
el guardian, que era un perro de ganado.

Sin ladrar se dirige al ladronzuelo,
más éste precavido

deja al mastin herido,
tendido, ensangrentado y en el suelo.

Lo advierte el hortelano y en un punto
enfurecido, insano,
con la azada en la mano,
deja con ella al ladroncin difunto.

*Y todo por qué fué? Por una pera!
que vil el apetito
suele en pos del delito
aleve darnos una muerte fiera.*

FÁBULA LXV.

El viajero y los pastores.

Un caminante aterido
llegó á una pobre barraca
en demanda de un albergue,
porque fiera amenazaba
continuar de la tormenta
la cruda y terrible saña.
Aceptaron al viajero
los pastores, y una cama
le prepararon de avena
con pieles, aunque sin sábanas.
Desnúdose, descansó,

y á la siguiente mañana
ya en el azul firmamento
claro el destello alumbraba
del carro bello del sol
entre cortinas de nácar.

Agradecido llamó
á los pastores, y en paga
del hospedaje, un *bolsillo*
entero en sus manos vácia.

—Qué haceis? preguntan aquellos.

—Os regalo.....

—En las cabañas
se ejerce la caridad
con el prójimo, y nos basta
el premio que allá en el cielo
al que ejerce el bien prepara
el infinito *Hacedor*.

Id vuestro camino en calma,
*que insulta quien los favores
con el vil dinero paga.*

FÁBULA LXVI.

La chicharra, la rana, el grillo y el
caminante.

Era en verano,
y una chicharra
su voz chillona,
acre cantar,
brindaba á todo
el caminante
que bajo su árbol
iba á pasar.
Oyóla un grillo
y dijo: calle
la insolentilla
de lengua vil,
que no permite
su voz menguada
luzca mi canto
suave y gentil.
Rara polémica
entre los bichos
trabóse á tiempo
que allí llegó,
dando mil saltos,

buscando un pozo
una gran rana,
que así cantó:
Ni uno ni otro
teneis razones
para insultaros,
en tanto que
desde mi estanque
cancion divina
mi lengua arpada
y dulce dé.

Un caminante
que por acaso
tuvo el camino
que atravesar,
su cuarto á espadas
tambien metiendo
su opinion quiso
tal expresar.

*Entre los hombres,
y esto es bien cierto,
ocurrir suele
alguna vez
que muchos necios
fuerte disputan
la primacia
de una sandez.*

FÁBULA LXVII.

El ferro-carril y el toro.

A un tren que á todo vapor
caminaba por la via,
lleno un toro de furor,
al verle en su loco error
le entró con fuerza bravía.
Mas á pesar del empuje
y la saña y la bravura
del toro, deshecho cruje
entre el rail que le tritura,
donde moribundo muje.

*Al adelante social
opónense estérilmente
de doctrinas un caudal,
cuyo sucio manantial
limpia ilustrada corriente.*

FÁBULA LXVIII.

Aunque se vista de seda.....

Vistieron de señora á una muchacha
Que sirvió de doncella en un palacio,
E hiciéronla alternar con la alta clase
En bailes, tes, *soirées*, *dansants*, teatros,
Y otras mil distracciones diferentes
Que gozan los sociales potentados.
No explicar quiero de ello los motivos
De la antigua doncella, digo el cambio,
Mas lo cierto de ello es que se arreglaba
Perfectamente bien al nuevo estado.
Una tarde bajó de su carruaje,
Seda, pieles y blondas arrastrando,
Y subió para hacer una visita
A otra por el estilo, de alto rango.
Hablaron de modistas, peinadoras,
De jokeis, de cocheros y lacayos,
Y por último á tratar llegaron ambas
Del rruiseñor del Nacional Teatro,
Del gran Tamberlik, del tenor insigne,
Gloria del arte y del artista encanto.

Despues de asegurar con mucha calma
Que daba el *fa de pecho* que era un pasmo,
Sonó en la habitacion cercana, el golpe
Que produce vibrante el son metálico
De un timbre, y al instante nuestra dama
Señora! articuló sin ni áun pensarlo,
Quedando descubierto así su origen
Y su orgulloso error bien castigado.

*El que intente escalar la social cumbre,
Debe armarse de ilustracion y tacto,
Que es posible sinó se le descubra
Viste con oro un cuerpo de vil barro.*

FÁBULA LXIX.

El ladrillo á medio cocer.

En un horno un ladrillo se quejaba,
Y sin cesar apóstrofes decia
Al hombre que sus lloros no estimando
De fuego le aplicaba llama viva.
Por qué cruel me castigas, hombre aleve?
Qué te hice yo, menguado, que asesinas,
Con fuego mi existencia, maltratando
El fierro barro que me presta vida?

Déjame ya un momento, mas no enciendas
La hoguera que mis poros martiriza;
Ten de mí compasion, sé generoso,
No prolongues horrible mi agonía.
Escuchóle, por fin, y condolido
Sacó del horno al que favor pedia,
Diciendo: pues lo quieres, será bueno
La pena llevés en la falta misma.
Entre otros cien ladrillos bien cocidos
A embaldosar fué el nuestro una cocina,
Y mientras sus amigos relucientes
Se conservaban duros, deshacia
Cada pisada más al no cocido,
Que hecho polvo murió á los pocos dias.

*Presta la educacion sólida base
Y el destino del hombre ayuda y guia,
Aun cuando llanto cueste y sea muy duro
Sus espinas hollar para adquirirla.*

FÁBULA LXX.

El sepulturero y la princesa.

Cavaba un hombre una fosa
y detúvose mirando

á una princesa orgullosa
que en su coche iba paseando.
Aun la estaba contemplando,
cuando dijo de esta suerte:
tambien la herirá la muerte,
que en esta vida de azar
todo aquí viene á parar,
todo ante ésta queda inerte,

FÁBULA LXXI.

Lo poco agrada y lo mucho enfada.

En el paseo del Prado
compró un niño cierta noche
una preciosa bengala
de bellísimos colores;
encendióla, y del paseo
las señoras y los hombres
agradecieron al niño
el obsequio que brindóles.
Pero éste al ver que gustaba
lo que hizo por una noche,
todas las noches llevando
bengalas y voladores,

la atmósfera de olor llena
malo, la gente marchóse,
dando al infantil enredo
censura y crítica á voces.

*Consigue á veces agrado
alguna frase, aunque torpe;
pero hablador, aunque sea
ilustre y fecundo un hombre,
suele á mi entender cansar,
que si poco agrada el torpe,
mucho enfada el ilustrado
si charla á troche y á moche.*

FÁBULA LXXII.

Los burlones burlados.

Era en una catedral
de las vísperas la hora,
é interin éstas llegaban,
con grandísima pachorra
tres canónigos muy sanos
y más gordos que tres bolas
en el atrio se paseaban
hablando de varias cosas.

Acertó á pasar montado
sobre una bestia achacosa,
que en sus tiempos fuera burra
y ya de tal no es la sombra,
un hombre de cualquier tierra,
que el país ahora no importa.

Miráronle los canónigos,
y como estaban de sobra,
quisieron con él pasar
un rato de alegre broma.

Llámanle tomando polvos
de cajas de media arroba,
y el hombre, sombrero en mano,
ató la burra achacosa,
y al grupo humilde llegó
de las reverencias *sólidas*.

—Qué se ofrece á sus mercedes?
preguntó con cierta sorna;
y uno de los tres canónigos
la cuestión riendo aborda,
y le dice:

—Vamos, di:

Si Dios en sus altas obras
hubiera dispuesto que
en lugar de ser persona
hubieras sido animal,
qué eligieras, ser paloma,

ser perro, caballo ó burro?
Abrió nuestro hombre la boca
y con calma respondió:

—Ser burro.

Aquí fué la gorja,
la risa de los burlones
de sotanas y corona.

Pues yo que tú, ser caballo
eligiera, al fin le toca
mejor pesebre, más paja,
cebada y otras mil cosas.

Pero es que nunca se ha visto,
respondió con doble sorna
el hombre, llegue á canónigo
el caballo de más monta.

Quedaron los tres corridos
y el papa-moscas la hora
señaló de la oracion,
y aquí terminó la broma.

*Este cuentecillo enseña
que la chanza, si es dañosa,
puede en el mal convertirse
de aquel mismo que la otorga.*

FÁBULA LXXIII.

La cocinera y el almirez.

En un almirez de bronce,
furiosa una cocinera
todos los días majaba
perejil, ajo, canela
y otros cincuenta ingredientes
de la culinaria ciencia.

Machacando y machacando
observó una tarde atenta
que el almirez se rompía
por la base. Quién creyera!
dijo asombrada:—de bronce,
y ahora salimos con esas?

*El trabajo vence rocas,
quebranta las duras piedras,
y la constancia es el arte
que á tales fines nos lleva.*

FÁBULA LXXIV.

El caído y el burlon.

En una calle cayó
un pobre hombre resbalando,
y otro, la risa soltando,
en grande de él se burló.
Mucho el caído sintió
el golpe que le dolía,
y limpiándose decía:
es furor de los mortales
reír con cruel alegría
ante los ajenos males.

FÁBULA LXXV.

El niño vengativo.

A jugar íbase al Prado
ó al sitio del Buen-Retiro
con su hermano Juan José
el pequeñuelo Jacinto.

Llevaban aros y cuerdas
y pasaban divertidos
felices las horas breves
entre carreras y brincos.
Jugaremos á las mulas
dijo á su hermano el más chico;
pero yo haré el mayoral
y tu harás, claro, de tiro.
Aceptada la propuesta
ató á Juan José Jacinto
con una *comba*, y fingiendo
con la boca el estallido
del látigo á correr dieron
alegres entrambos niños.
Llevaba el nombre la mula
ó mulo de *Repulío*,
y no andaba cual queria
el zagal diminutivo.
Para evitar tal pereza
metió la mano al bolsillo,
y sacando su pañuelo
de Juan José el hermanito
le arrolló y con él hacia
de tralla, mas con tal tino
sacudió á su hermano el rostro,
que le hinchó medio carrillo.
Furioso suelta la cuerda

el que haciendo iba de tiro,
y á pescozones emprende
con el pequeño Jacinto.
Pero estaba un árbol próximo,
y en su furia embebecido
largó un fuerte puñetazo,
y en el árbol dióse él mismo;
*que siempre castiga Dios
á los niños vengativos.*

FÁBULA LXXVI.

La curiosa escarmentada.

Juanita era niña
curiosa en extremo,
tenía siete años,
y un dia leyendo
las fábulas lindas,
los fáciles versos
que impar escribiera
moral Samaniego,
trajeron cerrado
al mismo aposento

un rico y precioso
estuche de acero.
Miróle Juanita,
dejó luego el texto
que ya no leía,
y fuese corriendo
á ver la manera,
lograr algún medio
de hallar lo que el mueble
tenía por dentro.

Miróle despacio,
tocó sus extremos,
y viendo un saliente
boton de secreto,
le oprime curiosa,
y salta un muñeco
de horrible figura,
de aspecto siniestro.

Juanita espantada
huir quiso luego,
empero no pudo,
retúvola el miedo,
y dióla del susto
insulto tremendo.

Cuidada, atendida
repúsose luego,
y dijo á su madre

hincada en el suelo:
Ay madre! mi madre!
no vuelvo ya á hacerlo,
*que el mismo pecado
nos da el escarmiento.*

FÁBULA LXXVII.

AL EXCMO. SR. D. PRÁXEDES MATEO SAGASTA.

El caminante, el cazador y la fiera.

Mis versos no una vez solo leiste,
y mis versos no sé si te agradaron,
áun cuando atento fuiste
y acogida benévola en ti hallaron.
Obligado te estoy y agradecido,
que honrado soy por cierto y bien nacido.
Pero dejando á un lado
lo que pasó hace tiempo
sin otro contratiempo
que el ya de haber pasado,
áun cuando sabiamente en ti se alberga,
en pobres coplas, endiablada jerga,

quiero contarte un cuento,
por si acaso aplicarle te ocurriere.
Escúchale ya atento,
que es fácil te interese,
y perdona si omiso hice el *vuecencia*,
pues que la gaya ciencia
para hacerlo tiene exclusivo y solo
un permiso firmado por Apolo.

Iba un hombre caminando
por una áspera montaña
desnudo, el pié ensangrentado,
á cada paso temblando
de su destino á la saña.
Andaba, el negro capuz
tendió la noche sombría,
y no vió el hombre una luz,
ni una bienhechora cruz
con que calmar su agonía.
Andaba, débil, cansado,
sin esperanza gimiendo,
iba ya desesperado,
por su desgracia agobiado
de dolor desfalleciendo.
Y no sé si en un momento
de horrible desesperar

cruzó por su pensamiento
algun tenebroso intento
con siniestro acariciar.
Andaba, ronco y medroso
atronó un grito la esfera,
y á poco luchaba ansioso,
áun de vivir anheloso,
el hombre con una fiera.
Sin fuerzas, el sucumbir
era sin duda su sino;
preparábase á morir,
maldiciendo al extinguir
su aliento á su cruel destino.
De repente fulguró
un relámpago y un trueno
prolongado tableteó,
é hinchada nube abortó
lava ardiente de su seno.
El combate continuaba
de la fiera vigorosa,
que al hombre despedazaba,
y ya á término tocaba
aquella lucha horrorosa,
cuando armado un cazador
apareció, y al mirarle
adquirió el hombre valor,
é implorándole favor

por él quiso interesarle.
Dolióse el recien llegado
aquella escena al mirar,
pero no auxilió al cuitado,
cuando le hubiera bastado
su escopeta descargar!

Detenerme, caminante,
le dijo, no puedo ahora;
pero volveré al instante,
sostente fuerte bastante
hasta dentro un cuarto de hora.

Y volvió, pero fué en vano,
tarde, muy tarde volviera,
que con furor inhumano...
á aquel desgraciado humano
mató y devoró la fiera.

*Si en peligro á' alguno vieres
y socorrerle quisieres
no le dilates tu ayuda,
que aunque temprano volvieres
tarde volverás sin duda.*

FÁBULA LXXVIII.

El burro enfermo.

A rebuznos quejándose un borrico
La campaña y el monte estremecía,
Porque el pobre sufría
Una afección aguda en el hocico.
Acuden animales, pero al verle,
En insultante risa prorumpiendo,
Al pobre borriquillo escarneciendo,
Burlas crueles supieron solo hacerle.

*En el mundo no hallará quien le escuchare,
Si el débil sus desgracias contar quiere;
Y es posible si lo hace, sucediere
Que el relato sus penas acibare.*

EL AURA
DE LA NIÑEZ.

CUENTOS Y LEYENDAS EN VERSO

POR

D. FÉLIX DE LEON Y OLALLA.

LIBRO II.

EL AURA

DE LA NINFA

QUESTO Y LITIZO EN TERZO

1700

D. FELIX DE LEON Y GALLA

LIBRO II

LA CARIDAD.

CUENTO.

Un alba fría de invierno,
cruda y triste de un palacio,
en la elegante cancela
espera un coche parado.

Impaciente piafa un tordo
tronco hermoso de caballos,
cuyo espeso y fuerte aliento
cuaja en la atmósfera helado.

Tiene las bridas sujetas,
en su librea bordados,
de blason ducal los timbres,
un cochero aristocrático,
y en la portezuela, puesta
de espera en señal la mano,
solicito aguarda un negro
de aquella casa lacayo.

Al poco tiempo el sombrero
quitáronse ambos criados,
y apareció en el cancel,
entre pieles cobijado,
de un sér del cielo sin duda
el angelical retrato.

Era una niña preciosa,
de ojos azules y lánguidos,
de ricos cabellos de oro
y de frente de alabastro.

Seguía la bien de cerca
señorita de cuidado,
y ambas subieron al coche,
y los tordos arrancaron.

Cruzaron calles y plazas
á un trote entre corto y largo,
y en la de Alcalá, por fin,
entró el carruaje rodando.

Miraba la niña el vidrio
por la intemperie empañado,
y á ver pasar acertó
otra niña de sus años
muy pobremente vestida,
que iba al parecer temblando.

Llevaba en la mano aquella,
de muy pequeño tamaño,
una bolsa de labor
é hinchaba el frío sus párpados.

La niña que en el carruaje
estaba á la otra mirando,
dejó asomar á sus ojos
dos perlas claras de llanto,
y tirando del cordón

que retenia el lacayo ,
detener hizo el carruaje
y al suelo brincó de un salto ,
asustando á su buen aya ,
que la siguió vacilando.

Dió á correr por la ancha calle
de resbalar sin cuidado,
y alcanzó á la pobre niña
y un beso estampó en sus labios
ateridos por el frio,
y de ateridos morados.

—Dónde vas tan tempranito?

—Voy al colegio.

—Sí? claro;

pero vas desabrigada:
toma mi piel.

—Es el caso

que no te conozco, y.....

—Dudas?

No tengas ningun cuidado ,
yo tengo mucho calor;
pero es mejor que vayamos
juntas hasta tu colegio
en mi coche.

—No.

—Te espanto?

—No; pero no te conozco.

—No tengas miedo, ven, vamos.
Y la aristócrata niña
llevó á la humilde á su lado,
mientras el aya lloraba,
y mientras hasta el lacayo
su negro rostro enjugó
por tierna emocion bañado.
Se contó despues el lance
allá en su ducal palacio,
y los padres de la pobre
de entonce hubieron trabajo,
y vivieron muy felices,
bendiciones siempre dando
al ángel de su ventura,
á quien les dió pan y amparo.

*Practica la caridad,
serás bienaventurado.*

LA ORACION,

6

LAS DOS HERMANITAS. (1)

En un bello dia
sereno y hermoso,
un padre sus hijas
llevóse á pasear.
Al campo risueñas
llegaron y alegres
las auras bebiendo
en grato aspirar.
Adela y Anita,
así se nombraban
las niñas hermosas,
jugaron muy bien,
y luego guirnalda
tejieron sencilla
con flores de néctares
y pétalos cien.
Caia la tarde;

(1) En colaboracion con mi amigo el Sr. D. Manuel Rosado.

el sol á su ocaso
bajaba tiñendo
de grana el azul,
bañando del éter
los miles espacios
las nubes de nácar
esmalte á su tul.
Todo era silencio,
natura tranquila
en sueño sin duda
queria posar,
y el bronce cercano
de próxima iglesia
pausado latido
lanzó en su vibrar.
El padre extasiado
se postra de hinojos,
descubre la frente
y llegan las dos
preciosas hermanas;
imítanle luego
y elevan la vista
al trono de Dios.
En bello contraste
se ostenta aquel grupo,
la vida que viene,
la vida que va.

El padre y las niñas
rezaron, que calma
nos da el rezo santo,
consuelo nos da.

Oid un momento
la tierna plegaria
que á Dios elevaron
con santo fervor.

Oid, y al tañido
del bronce sagrado
rezad como aquellas,
rezad al Señor.

— «Tú, Señor, que en esa alzada
bóveda azul estrellada
tienes el trono asentado ;
Tú que has el cielo formado
con la tierra de la *nada*.

—
Tú que das aliento y vida,
y la existencia querida
haces sea á tu hijo el hombre,
bendito sea tu nombre,
sé en la tierra nuestra egida.

—
Danos paz, danos consuelo,
haznos merecer el cielo,

y llegue á ti nuestro orar ;
ya que tan solo en el suelo
te podamos alabar.

—
Alegres y gozosas
las bellas niñas
con su padre á su casa,
llenas de dicha
luego volvieron ;
que es Dios agradecido
y premia al bueno.

EL GENERAL Y LOS TRES SOLDADOS.

CUENTO.

Despues de librar sangrienta
reñidísima batalla,
en la que dueña del campo
quedó la bandera hispana,
el bravo general Prim
revista á sus tropas pasa,
y conceder se propone
un gran premio, al que probara
haber llevado adelante
en la terrible jornada

la hazaña de más valía,
el más brillante hecho de armas.
Tres soldados le designan,
que tres pasos adelantan.
Uno de los tres aún niño,
mas de apostura bizarra.
Tú qué hiciste, el general
pregunta, di? al que notara
que el primero adelantó.
Y marcial terciando el arma,
con militar continente,
respondióle estas palabras:

Apenas la corneta latió aguda,
Del ataque en señal, raudo volando
Las filas del contrario rompió fuerte,
Vigoroso y tenaz mi airado brazo.
Esgrimiendo el acero, que vibraba
Preso en mi diestra cual tajante rayo
Sobre sangrientos restos palpitantes
El primero, señor, vehemente salto.
España! grito en la porfiada liza
Por la sangre y la pólvora embriagado,
España á mí, que la victoria es nuestra!
Cierra España mi patria por Santiago!
Y arrollo degollando, en un segundo
A un árabe rifeño el pecho paso,

Y enfrente combatiendo de un ginete
Me encuentro del ejército contrario.
Breve la lucha terminóse pronto,
Y en presea volví con su caballo,
Que allí do el español la planta lleva
Allí va el triunfo, la victoria, el lauro.

Hablar le tocó al segundo
y militar saludó,
á referir empezando
las pruebas de su valor.

Lanzado en el combate con entusiasmo fiero
Miré henchido de gozo los árabes ciar;
El puño me bañaba la sangre, y áun mi acero
Cansado no se habia de herir ni de matar.
Aliento sobrehumano me daba el belicoso
Tañido de los bronces, y al pié de mi pendon
Al Riff entero hubiera osado valeroso,
Pues no tiene el riffeño mi hispano corazon.
Mi pecho descubierta decia á esos lebreles:
Así de España luchan los nietos de Guzman,
Y huian á mi vista sus blancos alquiceles,
En veloz fuga arrojando el corvo yatagan.
Veloz les perseguia, y la feroz canalla
Aullaba su exterminio cercano al entrever,
Dejando de sus muertos el campo de batalla

Sembrado de cadáveres y presos por do quier.
Al jefe me adelanto, que lleva una bandera,
De frente le acometo cual hace el español,
Y presa mia ha sido, alfombra á la altanera
España que ondear sabe allí do luce el sol.

Quedaba solo el más niño
de los tres bravos soldados,
y el general le advirtió
que ya le estaba escuchando.
«Yo tambien, mi general,
dijo, me supe batir,
pues poco importa al leal
á la más leve señal
por su patria sucumbir.
Luché, luché como bueno,
cual español con valor,
de fé y entusiasmo lleno
ante el peligro sereno
en el campo del honor.
Mi hazaña de hoy no es hazaña;
roto el enemigo huia
á esconderse en la montaña,
y perdon pidiendo á España
un árabe se moría.
Ante mí cayó vencido
por mí tambien, digo mal,

por Dios que me ha protegido,
y al mirarle por mí herido
díle mi amparo leal.

A mis hombros le cargué
y en el hospital se cura;
si mal hice, no lo sé;
mi corazón consulté,
y que bien hice me augura.»

*Sí, el general contestó;
bien hiciste, el valeroso,
después que bravo venció,
debe de ser generoso.*

*Por eso tu buena acción
premio con grata ansiedad,
que hermosas virtudes son
el valor y la piedad.*

LA NIÑA DICHOSA.

Debajo
de un alto
frondoso
nogal,
solía
Mercedes,

la niña,
sestear.
Llevaba
juguetes
y libros
tambien,
jugaba
ó leia,
durmiendo
despues.
La tarde
cayendo,
poniéndose
el sol,
venía
su hermano
el que era
mayor.
Tomaba
la niña
esbelto
zagal,
y en brazos
con ella
tornaba
al hogar.
Que deben

las niñas
el alba
al reir,
dejando
su lecho
bajar
al pensil.
Cortar
purpurina
la más
gaya flor,
y darla
en ofrenda
al trono
de Dios.
Despues
á la tarde
el sol
al caer,
orar
al Eterno
en muestra
de fe.
Dormirse
tranquilas
capullo
gentil!

su cinta
de nieblas
la noche
al ceñir.

Por eso Mercedes
la cándida niña,
dorada existencia
consigue llevar;
*que vive dichoso
aquel que en la vida
sus gustos adapta
conforme á su edad.*

NOBLEZA OBLIGA.

LEYENDA HISTÓRICA.

I.

Los reyes de dos naciones
ciertas querellas tuvieron,
y guerra se declararon
ambos á dos; con efecto,
muy pocos meses despues
se avistaban dos ejércitos
armados en son de guerra
á la usanza de su tiempo.

II.

Resonaron los clarines,
los alazanes hirieron
la tierra, sus férreos cascos
chispas brotando de fuego...
Vióse á los rayos del sol
relumbrar muchos aceros,
y oyóse entre horribles voces
un feroz arcabuceo.
Despues un volcan continuo
de rojo y cárdeno aspecto;
despues una nube de humo
asfixiante, denso, espeso;
despues cien charcos de sangre,
mil combatientes huyendo;
despues escuchóse un grito
que elevándose hasta el cielo
Santiago y España! dice,
Viva Don Carlos primero,
el vencedor de Pavía!
Viva el castellano ejército!
Mueran, mueran los franceses!
Victoria! Su real es nuestro!

III.

Entre un corro de soldados
está el prisionero ilustre.

«El rey Francisco primero,
tranquilo diz, nunca huye;
matadme, si os place, heridme,
pues que hoy á mi cuna cumple
morir aquí como honrado,
que en mi pecho se sepulte
un acero. El de Borbon
de entre cien peones surge,
y ciego de vil encono
estoque en mano, en sí asume
del crimen que audaz intenta
las consecuencias. No elude
responsabilidad, que ansía
muerte dar al rey ilustre.
Mas un capitan terciando,
á los rivales desune,
á quienes enlaza un odio
antiguo y terrible. «Trunque,
dice, el honor vuestra saña.
Mariscal, jamás yo supe
asesinar á un vencido;
envainad, no se divulgue

que en los castellanos tercios
hay verdugos tan ilustres.»

IV.

Bajo su palabra real
con real escolta camina
el rey que fué prisionero
en la rota de Pavía;
que el emperador Don Cárlos
sabe acatar las doctrinas
que dicen: *con el vencido*
al noble, nobleza obliga.

EL LADRON SIN QUERER SERLO.

CUENTO.

Una vez aquí en Madrid
por cosa cierta se dijo
lo que refiero en un punto,
si es que acierto á referirlo.
De una tertulia algo tarde
salia un caballero,
y era invierno me parece,

por lo tanto hacia frio; de suerte que iba deprisa el señor que ya os he dicho. Sola estaba la ancha via, paseo, calle ó camino por donde se iba á su casa, cuando á su lado, aterido pasó un hombre y tropezó en el brazo al individuo que ya conoceis; el tal creyó tropiezo agresivo el tropezon, y al instante echóse mano al bolsillo notando que su reloj no se encontraba en su sitio. Puso la mano al revolver, alcanzó al otro y le dijo: «Mi reloj, don ladronzuelo, démele usted, ó le frio.» Efectivamente, el otro, todo cariacontecido le dió el reloj, y á correr se dió como un velocípedo. Pero, cuál fué la sorpresa del bueno del señorito, cuando al llegar á su casa observó que muy tranquilo

estaba en su relojera
su reloj! tremendo olvido!
al sentir el tropezon
sospechó, y al punto mismo
robó sin querer robarle
al pobrete asustadizo.

*Piensa el hombre muchas veces
ser incólume al delito,
y cuando menos lo piensa
le comete aún sin sentirlo.*

EL POETA Y EL ALBOR.

Una mañana
de Abril florido,
cuando revuelan
los cefirillos
leves, ligeros,
y el pajarillo
entona alegre
con dulce estilo
cancion de amores
en suave trino;
bajó un poeta
triste, abatido

para expandirse
al Buen Retiro.
Cruzó los bosques
ya florecidos
de acacia y lila
y de jacintos,
y fué el pobrete
todo mohino
á recostarse
bajo el asilo
de un corpulento
ciprés altivo.
Reia el alba,
gualda y zafiro
tornasolaban
al nacarino
tapiz extenso,
velo infinito,
que indica al hombre
el poderío
del que no tiene
fin ni principio.
Rubia madeja,
rayo benigno,
destello suave
fluyó del risco
que mora Apolo

allá en el Pindo,
y una áurea cinta
sin par en brillo
ciñó del día
vasto el dominio.
Nuestro poeta
miraba fijo
de la alborada
los mil caprichos,
sentía el aura,
y del rocío
veía claros
cristales líquidos,
perlas, diamantes,
esmalte rico
á la esmeralda
del bosquecillo.
Volaban ténues
gentiles silfos,
y murmuraban
los cristalinos
cien arroyuelos
del Buen Retiro.
Bajo del triste
ciprés altivo
alzóse el vate;
áun era un niño!

niño que hicieran
hados mezquinos
tornar en hombre;
alzóse, digo,
no ya de crueles
filos herido;
era otro rostro,
no era ya el mismo.
Miraba al cielo
y enternecido
plegaria leve
alzó al Dios pío.

*Cuando en el mundo
sintais del sino
aciago, crueles,
tristes castigos,
id de alborada
al Buen Retiro,
que allí se acerca
el hombre indigno
al trono excelso
del infinito.*

EL TORPE LISTO.

Por chanza le dijeron
al niño Antonio
otros niños traviosos:
«escucha, tonto;»
y él contestóles:
*si á conocerse acierta,
listo es el torpe.*

EL PAJE DEL REY.

LEYENDA INFANTIL.

I.

Era en tiempo de un Alfonso
que llama la historia el sexto,
hermano del rey Don Sancho,
al que Bellido en el cerco
de la señorial Zamora
asesinó traicionero.
El buen Rodrigo Vivar,
la flor de los caballeros,

huyendo las iras reales
de Castilla estaba lejos,
cuando llamóle á la corte
de Alfonso sexto un decreto,
porque á emprender la conquista
iba de pueblos diversos,
de Madrid el vencedor
y el vencedor de Toledo.
Vino bajo juro el Cid,
despues otorgando pleito-
-homenaje al soberano
vistióse luciente acero,
trajo sus lanzas, y en guerra
engrosó los reales tercios.
Acuchillaban al moro
los castellanos soberbios
con los bravos de Leon,
despues de librar sangriento
reñidísimo combate;
cuando en la refriega vieron
armado de todas armas
un pequeñito guerrero,
caballero en un rodado
Potro andaluz, pies ligeros
fibrosos, fuertes, crin larga,
nariz que brotaba fuego,
ojo inteligente y grande

saltador, dócil al freno
y en la acerada gualdrapa
el blason de caballero.
Daban escolta lucida
al Martecillo pequeño,
hombres de armas á juzgar
de su casa mesnaderos,
y lo que mas extrañaba
no era la audacia y el genio
belicoso que mostró;
no, por cierto; aquellos tiempos
por educacion servia
á los nobles herederos
el pesado casco rudo,
la cota, el corcel y el hierro.
Lo que causaba extrañeza,
era ignorar por qué medio
aquel niño en la batalla
estaba tan sin saberlo,
ni los homes de Castilla
ni del Rey los caballeros.
Terminada la pelea
mandó Don Alfonso el sexto
saber quién era, y al punto
se le ordenó á un ballestero
que lo alcance, y que del Rey
le intime la órden-deseo.

II.

Ya la matanza acabó,
y en el castellano real
dentro de una tienda de oro
y seda, frente á un altar
ora fervoroso el Rey
é hincados tambien están
sus mejores caballeros,
sus ricos-homes.

—Quién va?
dijo de pronto una voz
en la antecámara.

—Dad
aviso de cómo espera
don Diego Urrutia de Alvar.
Alzóse el Monarca luego
Y con uncion sin igual,
saliendo del oratorio:
«Caballeros, despejad,
dijo á sus homes de guerra:
ven solo tú, el de Vivar.»
Y entrambos fuéronse juntos
discurriendo al musulman
dar un golpe de batalla
que no se levante más.

III.

Cuatro escuderos las armas
quitan al Rey de Castilla,
deshebillando la cota;
mientras enfrente se inclina
para besar la real mano
un mancebo que no habia
con seguridad trece años.

—Quién eres? dijo en seguida
Alfonso el rey al doncel,
y levantando la fina
celada sobre el encaje:

—Soy, le dijo, Urrutia, mira:
tu majestad no me ha visto,
mas mi apellido adivina
consultando á tu memoria.
Diego Urrutia.

—Sí; vivia
en tiempos del Rey mi padre
un noble traidor. Sería
por ventura de su estirpe?
dijo Alfonso.

—Esclarecida,
contestó el niño arrogante,
fué siempre la estirpe mia;

ni traidores sustentaron
mi blasonada divisa,
ni los de mi sangre sufren
palabras que les denigran,
cual hora, señor, verteis.

—Calle el rapaz.

—Es que irrita
la sangre de un castellano
el escuchar su mancilla.

Mi padre Urrutia por torpe
dolo, artero y felonía,
lejos alienta, señor;

ido es tiempo de Castilla;
y yo á su lado escuché
vuestras hazañas invictas.

Fué llegada la batalla
alteza que das bravía
á las huestes de los perros

que viven las serranías,
y has llamado alteza al Cid
y otros llamaste por digna
su conducta perdonando.

Supo mi padre que en guisa
de guerra alzabas pendones
y me dijo:

—Diego, mira:
Alfonso el Rey no se acuerda

que cuando bate Castilla
lós nobles homes perdonan.
no soy traidor, fué mezquina
una intriga cortesana
la que su favor me quita.
Armame, Diego, de guerra,
monta en batalla y camina
con mi pendon y mi espada,
por el Rey Alfonso lidia;
y si le ves, que recuerde
en tu blason mi familia.
Dile que honrado nací,
que honrado soy, y que altiva
mi sangre no falta nunca
donde la vierte Castilla.
He venido: en la pelea
batí á la hueste enemiga;
he visto al rey Don Alfonso,
he dicho lo que tenia
que decir, y parto al punto
lejos mi patria querida.
Cuando volvais so los moros
contad conmigo en la lidia.
—Espera, pronunció el Rey:
el de Vivar! Sus! Castilla!
Leon! A las armas todos!
Mis caballeros en liza!

Vamos del moro á los reales,
y tú, rapaz, si te obligas
para arrollar la gacela
donde mi perdon escriba
á tu padre Diego Urrutia,
traerme de seda fina
el cordon con que el rey moro
su rojo alquicel afirma,
le llevarás al destierro
su vuelta para Castilla.
—Lo haré, respondió el rapaz,
aunque me cueste la vida.

IV.

No pasó de una semana
el término, segun cuentan,
cuando en busca de Don Diego
un paje del Rey se acerca.
Miróle Urrutia y al punto
al cuello los brazos echa
de su hijo, el que partiendo
su mandar cumplió en la guerra.
—Vencimos, padre, y el Rey
vuestra absolucion ordena,
porque del árabe altivo
segué la mejor cabeza.

Tomad, señor, arrollado
ese pergamino-cédula;
vuestro perdon conseguí
conquistando aquesa prenda.
Y el niño, al decir, señala
un rico cordon de seda
con borlas de oro. Tambien
gané con él la honra régia
de servir á Don Alfonso
la copa sobre la mesa,
y su espada en las batallas,
y su caña en las carreras.
Venid, señor, á Castilla,
que en Castilla se guerrea,
y los pechos castellanos
son murallas á su tierra.

V.

Buen hijo fué y valeroso
el de Urrutia; la nobleza
volviendo á su anciano padre,
hollada por la influencia
de aduladores mezquinos
y delaciones arteras.
*Dichoso aquel que á sus padres
honor da sobre la tierra.*

EL LEON DE FLORENCIA. (1)

Un leon escapóse cierto dia
Allá en Florencia de las régias jaulas
Que en el ducal palacio por deleite
Los jardines variados hermoseaban.
Salió rugiendo por las calles fiero
Destrozando al que audaz se le acercaba
Y espantando su brava catadura
Las gentes en la fuga atropelladas.
Un compacto grupo, masa informe,
Seguido por la fiera, en una plaza
Dió temeroso del atroz peligro
Que inmediato sus vidas amagaba.
Huian sin cesar, cuando de pronto
Un ay! desgarrador, horrible exhala
Una madre infelice cuyo hijo
Dejó escapar al suelo de la falda.
Arrojóse el leon sobre el infante
Cogiéndole de un pie. Pensarlo espanta!
Y la madre desolada ya no huia,
A la fiera persiguiendo amenazaba,

(1) El relato y el cuadro original que dan cuenta de este verídico hecho existen en la Biblioteca del Imperio.

Pedíale su hijo, y centellante
De furor y de angustia la mirada
Semeja leona herida que defiende
A sus tiernos cachorros; adelanta
Y vehemente y altiva cierra el paso
Al leon que la mira y que se para.
Deposita en el suelo al débil niño,
Y cruzando sin rugir la extensa plaza
A su jaula se vuelve paso á paso
Sin pretender siquiera una desgracia.
*El leon de Florencia nos revela
Que hasta en las fieras la piedad se labra.*

AMPARO, (1)

ó

LA FLOR DE LA ESPERANZA.

I.

En un lecho una doncella
que veinte abriles no tiene
hácia el sepulcro camina
devorada por la fiebre.
Hermosa niña! tan cándida,
tan pura y tan inocente
como los blancos cendales
de la inmaculada nieve.
Velando su cabecera
hay un hombre que entretiene
las horas de aquella noche
escribiendo; y vése enfrente
una anciana que solloza,
y un péndulo que al moverse
en oscilacion pausada
marca el tiempo que no vuelve,

(1) Esta composicion fué escrita por el autor, velando en su lecho de muerte á la tan desgraciada como bella señorita Doña Amparo Feijóo.

marca el correr de la vida
hasta su meta la muerte.
Pálido destello irradiã
una luz débil y ténue
que apenas para escribir
presta fulgor suficiente,
y escúchase allí tan solo
dentro de aquel triste albergue
los suspiros de la anciana,
el delirio de la fiebre,
de la pluma el deslizarse,
y del péndulo el moverse.

II.

Lento el reloj dió las tres
en sonoras campanadas,
y á un tiempo en pie se pusieron
el jóven hombre y la anciana.
Vertió éste de un elixir
medida una cucharada
en un vaso, y se acercaron
cuidadosos á la cama.
—Amparo! dijo el mancebo,
la bebida; y acercándola
á los labios de la enferma
esperó que la apurara.

—Qué mala estoy, madre mía!
Esta fatiga me mata;
No es verdad, amigo mio,
que ya mi vida se acaba?

Rompió la madre á llorar
mientras el hombre contestaba:

—No se aflija usted, señora;
y, usted, Amparo... esperanza.

Y, cual si más no pudieran
sus párpados ocultarlas,
tambien el hombre enjugó
de dolor ardientes lágrimas;

QUE EL LLANTO ES BÁLSAMO HERMOSO
Á LAS HERIDAS DEL ALMA.

—Qué escribe usted? continuó
la pobre niña afectada
doblemente.

—Escribo, Amparo...

—Qué?

—La flor de la esperanza;
téngala usted en la ciencia,
téngala en Dios.

—Que Dios haga
no se mustie en mí esa flor;
no hay vida donde ella falta.

Y sonrió la doncella
como rien de la alzada

region celestial los ángeles;
lanzó dos dulces miradas
y el letargo la abismó,
que la fiebre la acababa.

III.

*Aun en los trances supremos
debe de vivir lozana,
creciendo en el corazon,
la flor de nuestra esperanza.*

LA COQUETA.

Qué es ser coqueta, mamá?
dijo una niña inocente
preguntando curiosilla
á su madre de esta suerte.

—Escucha, replicó aquella,
lo que por tal hoy entiende
la sociedad, hija mia,
aunque tú no lo comprendes.

Qué es ser coqueta, preguntás?
Pues has de saberlo, óyeme:

la coqueta es una flor....

—Una flor!

—Sí, siéntate.

Es una flor, que al nacer
crece hermosa entre las flores,
y que anhelando el placer,
piensa solo en poseer
atractivos y colores.

Es una flor que á la brisa
abre el pétalo orgullosa
percibiendo la sonrisa
de las auras que improvisa
dulce brisa caprichosa.

Es una flor hechicera,
de grata suave fragancia,
y en su soñar lisonjera
rinde alegre y placentera
un tributo á la inconstancia.

Presta amor á un pobre lirio;
luego adora en un clavel;
dando al primero martirio,
es del segundo delirio
y es encanto del verjel.

Porque á todas las sonríe
haciéndolas entrever
mil dichas en su querer,
de las otras flores rie

gozando en su padecer.
Y flor bella y delicada
de vida y aroma llena,
es por el vicio afectada,
y vive en el vicio, ajena
de que es por el vicio hollada.
Del pensil aborrecida
es adulada tal vez,
porque al jardín diera vida,
porque es gaya y encendida,
y dotada de altivez.
Pero llega un día hermoso
en que alegre y distraída,
no presiente su horroroso
amargo fin desastroso,
y pierde al cabo la vida.
No su vida, sus colores,
que quizá más los estima,
y entre crudos sinsabores
no da al verjel sus amores,
mustia al jardín no le anima.
Fué que cierzo fementido
tronchó su cabo gentil
lanzándola en el olvido
sin escuchar su gemido,
su dolor hondo y sutil.
Y agostada, y seca, y sola

y del clavel despreciada,
de todo el pensil hollada
guarda su mustia corola
en pobre tumba olvidada.

*Que el orgullo y la inconstancia
y la excesiva arrogancia
dan siempre por resultado
á las flores ver hollado
su cáliz ya sin fragancia.*

UN RECUERDO DE AMOR FILIAL,

Á LA QUERIDA MEMORIA DE

DON CIPRIANO DE LEON Y ROBLEDO.

EL ARROYO Y EL MAR.

En Santander hay un sitio
que llaman el Sardinero,
donde se agitan hinchadas
de los cantábricos senos
las olas de hirviente espuma
sobre las rocas batiendo.
Caminando rectamente

de la costa tierra adentro,
áun en la arena se ve
correr manso un arroyuelo
de agua dulce que desliza
su fresco cristal, sin miedo
á que el flujo de la mar
inunde su cauce estrecho.
Es un sitio delicioso,
que placentero recuerdo.
Cuántas veces he corrido
su fino arenal, cogiendo
conchas de nácar y de oro,
alegre, de pequeñuelo!
Cuántas veces he soñado,
aunque soñaba despierto,
con la ventura de entonces!
Tranquilo vivía al menos
sin conocer de la vida
los miserables secretos;
sin conocer los pesares,
la amargura de beberlos,
á cada paso que doy
por este mundo de... hielo.
Cinta brillante de plata
era el arroyo sereno,
que su licor deslizaba
de entre la arena surtiendo.

A su márgen una tarde,
la tarde de mis recuerdos,
la más feliz de mi vida,
la que veo siempre en sueños.
tendria yo siete años,
jugaba en el Sardinero,
y mi padre, pobre padre!
me sonreia de lejos.
Acercóse luego á mí,
y despues de darme un beso,
estas palabras me dijo,
palabras que yo conservo
en el corazon grabadas
con caractéres eternos.
«Ves este arroyo tranquilo,
dulce y manso discurriendo
claro y gentil por la arena?
Ese eres tú. Ves inmenso
ese horizonte infinito,
ese ancho mar turbulento,
que azota la roca airado
y se retira rugiendo,
deshecho y roto en espuma?
Ese serás cuando el viento
de las pasiones oree
tu sien de hombre. Tente miedo,
sé dique á tus mismos mares,

ilústrate, y aprendiendo
conoce el mundo antes que él
te haga juguete á sus cierzos.

*Sé siempre arroyo tranquilo
antes que mar turbulento.*

LA PUREZA.

Niñas sencillas: nieve
es la pureza,
guardad no manchè aleve
una impureza
vuestro candor,
*que si una flor se hierre
muere la flor.*

LOS ARMIÑOS.

Al armiño en pureza
no hay se iguala;
por no mancharse pierde
la vida grata.

Niños queridos,
*sed en pureza iguales
á los armiños.*

MERCEDES

ó

LA BUENA MIJA.

CUENTO.

I.

De las discordias civiles
ardía la tea infausta,
imprimiendo triste huella
con su vengativa saña,
del español territorio
en ciudades y comarcas.
Lidiaban solo dos bandos,
los dos fuertes, y luchaban
destrozándose inclementes
y rasgando las entrañas
de la madre patria triste,
de la no vencida España.
De una villa en el recinto
alzábase blasonada
la puerta, rica, elegante,
una magnífica casa,

y en un aposento de ella
de pié, muy pálido estaba,
gran uniforme vistiendo
un general; á su espalda
dos ayudantes, y enfrente,
abriendo oculta mampara,
un criado muy antiguo
muestra respetables canas.
De repente, por el hueco
que en la pared se trazara,
una bella niña asoma,
risueña cual esperanza,
esbelta como una flor,
por el aura acariciada.
—Qué guapo! querido padre,
estás así, no te vayas,
porque eres todo un buen mozo:
si mi mamá te mirara!...
Del militar asomaron
en los párpados dos lágrimas,
titilando temblorosas
entre sus negras pestañas,
y al inclinarse en la frente
virginal, pura y nevada
de su hija un tierno beso
para estampar, deslizadas
por sus mejillas rodaron

surcando su faz entrambas.
—Hija mia, dijo al fin,
vives en la edad temprana
que coloran los matices
de la infantil alborada.
No sabes lo que es el mundo,
tu buena madre te falta
y hoy te dejo yo tambien,
porque hago falta á mi patria.
Es preciso que abandones
por algun tiempo esta casa,
y en un colegio mi vuelta
esperes de la campaña.
Tengo que ir ahora á palacio,
cuando vuelva, preparada
y vestida estarás ya;
te llevaré yo, y mañana
iré á besarte otra vez
antes de emprender mi marcha.
Calló la niña; su padre
volvió otra vez á besarla,
y conmovido salió
el general de la sala,
seguido de los dos jefes
que á sus órdenes estaban.
Sola la niña, á llorar
rompiendo desconsolada,

entre gemidos vertia
entrecortadas palabras.
Vino al punto al aposento
diligente, amable su aya,
intentando cariñosa
de sus penas consolarla;
pero la niña llorando
decia: padre de mi alma!
no me dejes, que en el mundo
me quedaré abandonada!

II.

En un convento de monjas
crece la niña Mercedes,
su educacion completando
entre otras niñas que tienen
su edad, poco más ó menos.
Una tarde, ya al ponerse
el bello sol, descendiendo
en rosados tibios rieles
por las puertas del ocaso,
jugaban todas alegres
divirtiéndose en la huerta
por entre árboles y césped,
aprovechando las horas
que al recreo las conceden

del convento las severas,
estrictas, precisas leyes.
Corrian todas, y solo
estaba triste Mercedes
sentada bajo de un árbol,
inclinada el alba frente,
y dejando claras perlas,
llanto que aljófar parece
surcar ardiente el esmalte
de sus mejillas de nieve.

—Por qué lloras?—la preguntan
sus compañeras.—Qué tienes?

—Que me acuerdo de mi padre.

—Ven á jugar.

—Cómo alegre
quereis me entretenga, cuando
quizá mi padre fenece?

Y sus amiguitas fueron
otra vez á entretenerse,
ínterin Mercedes llora
y sus blancas manos tejen
una corona sencilla
de azucenas y laureles.

III.

Es una bella mañana
cuando en pleno alumbra el sol,

lanzando ardientes miradas
á toda la creacion;
cuando manifiesta al hombre
el Supremo Creador
el infinito poder
cuyo principio ignoró,
ignora é ignorará
la humanidad, el de Dios;
cuando el ancho firmamento
diáfano azul esplendor
ostenta, cubriendo inmenso
de la esfera la extension;
entonces en una villa
que cien reyes albergó
en dilatado hervidero
se agita una masa atroz,
pujante, el conjunto entero
de la régia poblacion.
Significa aquello que
ya la guerra se acabó,
que vuelven á sus hogares
el vencido, el vencedor,
que ya no hay guerra civil,
que todos hermanos son.
Suenan alegres cantares
y elevan plegaria á Dios
las madres y las hermanas,

las hijas, y en hueca voz
por los muertos tañe el bronce,
por los vivos el tambor.

Un grupo una calle cruza,
y un uniforme español,
gran uniforme bordado
por ella tambien cruzó.

Es un bravo general
de valiente corazon.

De repente se detiene,
y la vista con amor,
clava en una niña hermosa
que un beso tierno envió,
una corona arrojando
al general del balcon;
era Mercedes, la niña
que en el convento creció.

.
Cuatro minutos despues,
en dulce lazo los dos,
padre é hija, se estrechaban,
bendiciendo al Creador.

*Al buen hijo Dios le premia
y atiende con profusion.*

LAS ROSAS Y LAS ESPINAS.

Soñaba: era un valle
de flores bordado,
y alado querube
del cielo bajó;
tejió de amapolas
corona sencilla,
mi frente inclinando
con ella ciñó.
Serás en el mundo,
mancebo, me dijo,
por mil aclamado,
vendido por mil.
De rosas fragantes
la senda olorosa
espina encubre
de punta sutil.
Depues de la plata
del próximo arroyo,
alzóse una ninfa
vertiendo cristal.
Su diáfano talle
de perlas formado,
en puro igualaba

del cielo al fanal.

El ángel, batiendo

sus alas de rosa,

cruzó en un momento

la etérea region;

la ninfa á mi lado

llegóse tranquila,

su mano posando

en mi corazon:

—Amor no te asedia.

—Amor?—dije entonces.

—Amor es un niño

que hiere traidor.

—Amor es guerrero?

—Guerrero invencible.

—Entonces no puedo

luchar con amor.

—Mas tienen sus armas...

—Qué tienen?... responde.

—Un néctar que endulza

la pena mas cruel.

Amor es la esencia

del alma, destello

é imágen sublime

de Dios la más fiel.

—Entonces el niño

la dicha me ofrece?

—Y en copa dorada
te incita á libar
los goces hermosos
de vida tranquila,
los dulces encantos
del arte de amar.
—Que hiera, que hiera!
vencido exclamaba:
Que rasgue mi pecho!
en él ya creí.
La ninfa reía,
y yo suspirando
herido mi pecho
de amor advertí.
El ángel, batiendo
sus alas de gasa,
en vuelo pausado
voló al descender.
Asió la corona
con que antes ciñera
mi sien, y á las nubes
voló al ascender.
Entonces la ninfa
su mano me tiende;
convulsa la encuentra
helada. Al reir
despierto, y las linfas

del próximo arroyo
morada le prestan
en blando gemir.

*Los sueños de dicha
embriagan al hombre
que corre en pos de ellos
con ansia fatal;
y pierde la calma,
y aquellos le burlan,
y espinas se vuelven
las flores del mal.*

EL ENVIDIOSO DEL CASTILLO.

CUENTO.

En una elevada roca
alzaban su negra mole
de un muy vetusto castillo
los robustos murallones.
Su arquitectura databa
por lo menos del siglo once,
y lo que á contaros voy
pasaba por el catorce.

Era una bella alborada
de esas mañanas precoces
en el nacer, cuando ríen
pájaros, auras y flores,
cuando desliza en cristales
la cascada, y forma acorde
un murmullo halagador
con los ruidos y los sonos
misteriosos del ambiente,
cuando el cefirillo corre
jugueton, robando el vuelo
á las brisas de la noche,
cuando despierta Febeo
y traspone el horizonte
el disco de la doncella
más pura vírgen, que esconde
su pálida faz de plata
pudorosa, á los ardores
del enamorado Apolo
astro rey, cuando se absorbe
en recogido silencio
el mortal que mira y oye
el despertar de natura
al espirar de la noche.
En el antiguo castillo
de vetustos murallones,
asomado en una almena

hay un niño, cuenta doce años á mucho contar, y está triste su faz noble; triste, por qué?—Porque sufre, porque sufre los rigores de la cruda suerte impía que mustia los puros goces de aquella infantil figura con amargas impresiones. Detrás se advierte un anciano, y de otra almena en el borde la faz amarilla asoma otro niño, que se esconde cuando del primero ve que hácia él la mirada pone.

II.

—Habeis visto, Tello, á Enrique?

—Sí que le he visto, señor.

—Por qué se oculta á mi vista?

Le he ofendido acaso yo,

para que así de su hermano

deseiga la amante voz?

No es bastante á mis pesares

el cruel, acerbo dolor

de llorar solo en la tierra...?

—Solo?

—Con él y con vos,
la pérdida de mis padres,
que ni áun para la oracion
que en la capilla elevamos
viene Enrique? Huye veloz
de mí, más siempre me acecha
torvo, hosco, amenazador.

—Si me dais, señor, licencia,
el misterio á rasgar voy.

—Decid, Tello.

—De los Condes
vástago primero sois
y heredero en consecuencia
de sus timbres. Punzador
en el pecho á don Enrique,
de esta casa el segundon,
el dardo cruel de la envidia...

—Tello, callad; es baldon
ofender el lustre claro
de mi sangre; noble soy,
y mi hermano don Enrique
es tan noble como yo;
por consecuencia incapaz
de albergar en sí ese atroz
monstruo vil, de viles celos
engendro. Idos con Dios,

id, buen ayo, y desechad
tal quimera. El negro humor
distraer quiero cazando;
que avisen tambien á don
Enrique, por si quisiera
venir al campo; id, pues.

—Voy.

—«Pobre hermano! Cómo sufre!
Es ley menguada por Dios
el que yo, que soy su igual,
haya de ser su señor.

Te curaré, hermano mio.»

Y así diciendo, salió
el niño de las almenas,
sin detener su atencion
en el rostro que acechaba
sonriendo con furor
detrás de una saetera,
pálido, verdinegro, atroz.

III.

Corre en un negro bridon,
de cazador ataviado,
un niño, Gil de Mondéjar;
es el conde del Peñasco.
Va persiguiendo veloz,

con el venablo en la mano,
la carrera de un soberbio
macho hermoso de venado,
y entretenido con él
los monteros y criados
hanle dejado extraviar.
Corre, veredas salvando,
salvando espesos jarales,
y el potro en escape raudo
semeja centella roja
en pos de candente rayo.
Sobre un áspero breñal
de precipicios cercado,
del bruto saltando chispas
sonaron los férreos cascós,
y el agitado ginete
contener quiso al caballo;
pero el caballo no cesa
en el galope, dudando
si el freno tasca en la boca
de espuma y sudor bañado.
De repente en el camino
apareció un rostro pálido,
sonriendo amargamente,
con un venablo en la mano.
— Enrique! dijo don Gil,
Enrique! ten mi caballo.

—Tu vida tener quisiera,
contestó Enrique, el venablo
lanzando sobre el ginete.
El aire cruzó silbando,
y el fogoso potro alzóse
sobre las patas de manos.
No hirió á Gil la mano aleve
asesina de su hermano;
pero fué muerto al caer
por el caballo, arrojado
de roca en roca al profundo
hondo seno de un barranco.

IV.

Todo es luto en el castillo
de vetustos murallones,
y de espesos saeteros,
y de fortísimas torres.
Todo es luto; tañe triste
la campana, y de los bronces
del pueblecillo mas próximo
el latir se escucha acorde.
Sobre un féretro enlutado
un cadáver hay de un noble:
es el señor del castillo,
es un niño. Un sacerdote

al cielo preces eleva,
y un anciano llora al borde
del catafalco suntuoso.
Otro niño se dispone
á dejar de aquel salon
los dorados artesones.
Está con el rostro lívido,
la faz contraída, el porte
de sus ropas dicen claro
de su cerebro el desórden.
Más de una vez á sus ojos
intentan brotar de un noble
sentimientos producidas
las lágrimas; pero corre
un temblor todo su cuerpo
y sonrie. El sacerdote,
convocada la familia
y los vecinos señores,
alzó la voz y leyó
cual estos tales renglones.
—«Yo, el señor don Gil Mondéjar
del Peñasco, noble conde,
á mi hermano don Enrique
hago en voluntad cesiones
del condado que heredé
de mis padres, y es conforme
con mi deseo se cumpla

este escrito, que ofrecióme
para ir á la guerra el Rey
lanzas suyas y peones,
y de capitan la banda,
y otro título de conde.

V.

Todo en silencio quedó,
y en don Enrique fijaron
las miradas los que oyeron
de la escritura el tratado.
El niño tendió la vista
al cadáver de su hermano,
y echó á reir, y salió
riendo, que ya insensato
su conciencia horrible grito
alzó en su pecho menguado.
Loco estaba, y loco Enrique
murió al poco tiempo, el pago
recibiendo así á su envidia:
*que Dios, sin piedra ni palo,
castiga siempre del niño
los sentimientos malvados.*

POESÍAS.

A MI MADRE.

EL AMOR MATERNAL.

Pura emanacion del cielo,
hay en la tierra un amor
que al hombre presta consuelo
al cruzar el triste suelo
de esta vida de dolor.
Amor que nace adherido
á las raíces del alma,
sublime amor, que al latido,
de su alentar bendecido
nos da venturosa calma.
Amor inocente y santo,
del Dios alzado destello,
cendal siempre á nuestro llanto
y lenitivo al quebranto;
amor entre amores bello!
Amor, que en la cuna hermoso
su primer ósculo posa,
vertiendo el néctar dichoso

del cáliz más delicioso
que escancia pasión hermosa.
Amor de amores, fanal
de la lumbre celestial,
que estrecha bendito lazo
sobre el materno regazo;
Santo el amor maternal!

LA ESCALA DE LA VIDA.

Nace el niño,
y del mundo
la luz fúlgida
al notar,
lanza débil
su vagido
en temprano
sollozar.
Aun no piensa,
aun no sabe
lo que siente,
lo que es:
pobre niño!
llora, llora,

aunque llores
más despues;
que este valle
de quebranto
solo presta
al existir,
dolor, penas,
sinsabores,
y por último
el morir.

Pero crece el niño hermoso
de la infancia á los albores,
jugando feliz dichoso,
con mariposas y flores,
y no anhela más placer,
y no anhela más gozar
que su vida hermosa ver
entre juegos deslizar.

Pasa la infancia
y el horizonte
color de rosa
torna en azul
la adolescencia,
y envuelve un velo
denso al puberto

en su ancho tul.
Qué quiere el jóven?
ay! ya no juega,
ya no disfruta.
vida feliz,
que las pasiones
con su torrente
haránle al pobre
muy infeliz.

Sueña de amores henchida
su pálida; ardiente sien
la lumbre que presta vida
á la belleza escondida
do piensa encontrar el bien,
y anhela en su desvarío
la más sublime beldad,
y entrégala su albedrío
y al fin despertar impio
le hace ver la realidad.
Realidad de esas de amores
que dícense desengaños,
y ésta marchita las flores
del alma en los verdes años
de su abril en los albores.
Y la edad de la dulzura
pasa al surgir de ella el hombre;

lleno el pecho de amargura
que el cáliz dorado apura
de ambicion de gloria y nombre.

Lánzase al mundo su remolino,
Aumenta loco con uno más,
Lucha y batalla contra su sino,
Que le pregunta por dónde vas?
Ve que te pierdes, que tu imprudencia
Me obliga á herirte. Vete! —No, no:
Responde el hombre, con la creencia
De que á su sino por fin venció.

Mas se equivoca,
y desistiendo
rinde su cuello:
el infeliz
quiere reposo,
quiere familia,
quiere tranquilo
vivir feliz.

Y lo consigue, mas corto acaso
fué su tranquilo bello gozar
que ya su vida baja al ocaso,
que ya su plazo va á terminar!

Y luego

camina

ya blanca

la sien

con paso

tardío

en triste

vaiven,

temblando

la muerte,

la parca

fatal,

é inerte

se extingue

su aliento

vital.

AL SER SUPREMO.

Al Sér Supremo, que en la alzada esfera
Los mundos dominando,
Los espacios inmensos, las tinieblas,
La clara luz del día
Y todo lo que vive, lo que alienta,
Poderoso y sublime fué animando
A ese excelso Señor, divino y fuerte

A cuya voz disípanse las nieblas
Y entreabre el sol su broche de brillante,
A natura esmaltando con su lumbré,
A ese mi lira quiere en torpe acento
Alzar hasta su cumbre
La débil vibracion de su sonido,
Envuelto entre los ecos
De la pobre oracion que le ha ofrecido.
Canto, pues, á sus glorias infinitas,
Canto á su excelsa majestad suprema,
Canto al divino Sér, principio ignoto,
Artífice Supremo, indefinible,
Que ciñe sobre un trono de zafiro
De estrellas y luceros real diadema.
Señor, Señor, mi canto,
Mi pobre voz estéril
No ha de ser en tu oído
Aunque resuene, débil.
Escucha de mi voz triste el latido,
Y ya que imperas en la azul esfera
Y en el ser y no ser, oye al humano
Que en este triste valle
Todo, Señor, lo espera de tu mano.

DIOS Y SUS OBRAS.

Quisiera expresar en verso
los sentimientos del alma,
pero es muy débil mi mano
para osar empresa tanta.
Vaga mi mente mecida
por ilusiones de nácar
que acaricia un dulce ensueño
y que una esperanza halaga.
Noto en el alba reflejos,
miro el ave en la enramada,
y advierto en la flor las perlas
que el rocío las regala.
Escucho el blando susurro
de aquella corriente mansa
que plateada serpentea
entre musgo y esmeralda.
Oigo en la floresta acordes,
voces misteriosas cantan
del bosque en el centro espeso
y armónicas se destacan.
La tórtola que arrullando
á su amante ausente llama,
el ruiseñor que gorjea,

el malvís que silba y salta,
el sauce que el viento mece,
el lloron que inclina el aura,
el ciprés que desafia
de las nubes la morada;
todo, todo en su conjunto
es inmensa prueba clara
de que hay un Sér poderoso
que nuestra existencia marca,
que hace á las plantas crecer,
que presta aliento á las almas,
que preside la armonía
de la complicada máquina
del mundo, agita los mares,
que al Noto vuelve la calma,
que los vientos encadena,
que los huracanes lanza,
que vibra el rayo celeste,
que en las nubes cuaja el agua,
que da aliento, en fin, al orbe
con voluntad soberana.
Y ese Sér, Señor del cielo,
es el que adora mi alma.

A MI HERMANA.

LA FLOR DE LA PUREZA.

Eres la pobre azucena
que del humano verjel,
entre la floresta amena
crece de inocencia llena,
del candor símbolo fiel.

Eres sencilla viola,
cuyo aroma embriagador
lanza en la pradera sola
de su cándida corola,
bella, pura, hermosa flor.

Eres, en fin, la belleza
que mal trova mi laud
al pulsarle con rudeza,
porque adorna tu virtud
hoy LA FLOR DE LA PUREZA.

EN EL ESCENARIO SOCIAL.

I.

Es un hogar, el de un pobre,
trémula luz ilumina
desde un candil espirante
á sus ráfagas mezquinas,
en una desmantelada
y miserable bohardilla,
un jergoncillo de paja,
en el que yace tendida,
espirante de miseria
una moribunda.
Velan el lecho sentados
sobre la baldosa, y miran
con anhelante interés
y del dolor con la espina
un hombre y una mujer
aquella muda agonía,
aquella escena de hiel,
el aliento de su hija,
que eran los dos, ay! los padres
de la moribunda niña.

II.

Es el día de difuntos,
y todo Madrid de gala
va á visitar los cadáveres,
riéndose á carcajadas.
Por el puente de Toledo
camina en tardía marcha,
cruzando la concurrencia
que en él la vista no para,
un hombre, triste, en silencio,
con la cara demudada
y con los ojos hinchados
por el ardor de sus lágrimas.
Sustentaba el hombre aquel
con una mano agarrada
y apoyándola en un hombro
en tosca forma labrada,
una caja triangular,
y tendida en ella estaba
cubierta con un pañuelo
y en una mísera almohada
la niña que en la bohardilla
días antes espirara.

III.

Quién llevaba aquel cadáver
á su postrera morada?
Su mismo padre en sus hombros:
en tanto Madrid de gala
visitaba los difuntos
riéndose á carcajadas.

A LA VIRGEN.

Quando el alba iluminando
la verdecida pradera,
bella y pura,
va colores derramando
y tornasola hechicera
do fulgura.

Quando la diva nevada
en medio del firmamento
blanca riela
tersa, hermosa y nacarada
en el arroyo contento
que la cела.

Cuando en el pensil las flores
más pura esencia derraman
gayas, bellas,
y los pardos ruiseñores
por tiernos amores claman
en querellas.

Ni las aves, ni las flores
me ofrecen, Virgen graciosa,
ni Lucina,
ni del alba los colores,
los encantos de tu hermosa
faz divina.

LAS ILUSIONES Y EL TURBION.

En la alameda
del Buen-Retiro,
oyendo el canto
del ruiseñor,
tomando el césped
por fresca almohada,
trovas escribo
soñando amor.

Se me figura

ver descendiendo,
batir las alas
de oro y zafir,
vision hermosa
que envia el cielo
para calmante
de mi sufrir.

Y me parece
que la arboleda
murmura suave,
y en su brillar,
fúlgido rayo
que el sol destella
tibio me intenta
acariciar.

Feliz advierto
los sinsabores
marchar huyendo
lejos de mí;
el alma triste
se regocija,
y late el pecho
gozoso allí:

Ninfa preciosa,
asaz muy bella,
del arroyuelo
y del jardin,

viene á mi lado
y me acaricia,
y mi ventura
no tiene fin.

Pero de pronto
veo que rasga
el aire hendiendo
fuerte turbion,
y hácia mi casa
me voy calado,
dando al infierno
tanta ilusion.

*El hombre goza
y nunca piensa
que sus placeres
puede amargar
mano más fuerte,
cruel su destino,
ó de la suerte
fácil cambiar.*

LAGRIMAS.

Al asomar lisonjera
de mi vida la mañana,
cuando el sol de mis abriles

á lucir bello empezaba,
cuando placer y delicias
mi jóven mente soñara,
tiñendo en púrpura y oro
entre celajes de nácar,
bellas, puras y sublimes
las emociones del alma;
el cierzo del desengaño,
el soplo de la desgracia,
azotó mi rostro niño,
secó la flor más preciada
que en el jardin de la vida
crece hermosa, esbelta y gaya.

.....
Pobre flor de mis ensueños!
Ya que te mire mustiada,
deja que en tu lacio cáliz
vierta el licor de mis lágrimas.

MI NINFA.

(Imitacion de Melendez.)

Parad, auras suaves
y brisas del alba;
parad, cefirillos

de sutiles alas ;
parad, arroyuelos
de linfas de plata ;
parad, deteneos,
vereis mi zagala.
Sus crenchas son redes
que diestro amor ata
prendidas al arco
de frente nevada ;
sus cejas tupidas
cual oro en el nácar
con miles de hechizos
brillando resaltan ;
sus ojos de cielo
guarnecen rizada,
cual hilos dorados,
espesa pestaña.
Nariz, que es el tipo
de típica estampa,
enérgica y bella
en medio destaca.
Su boca es el nido
do anidan las gracias,
de rojos claveles
maceta preciada
que oculta un tesoro
de aljófara, estancia

do guarda Cupido
sus flechas y aljaba.
Su cuello alabastro,
su mano de nácar,
esbelta cintura
de muy breve planta.
Un ángel es, bello,
que amor arrebató
del cielo y le envió
al mundo en sus alas.

Volad, auras suaves
y brisas del alba;
volad, cefirillos
de sutiles alas;
corred, arroyuelos
de linfas de plata;
corred, ya habeis visto
cuál es mi zagala.

A LA PRIMAVERA.

Bien venida, primavera;
primavera, bien venida
con tus albores rosados

y pintadas avecillas.
Bien venida, primavera;
primavera, bien venida
con tus bosques de esmeraldas,
con tus juguetonas brisas,
con tus céfiros, tus fuentes
de claras y puras linfas,
con tus arroyos tranquilos,
con tus mañanas tranquilas,
con tus altas alamedas,
fresco nido donde habitan
la oropéndola preciosa
y la amante tortolilla.

Bien venida, primavera;
primavera, bien venida;
yo te saludo gozoso,
estacion gaya y benigna.
A los templados fulgores
de tu sol vive y se anima
por el invierno mustiada
la hermosa flor de la vida.
Tú, éter puro, cuyo ambiente
perfuma esencia divina
de los cálices tempranos,
de tempranas clavellinas,
dilata el pecho y le embriaga
de placer y de delicia,

á pulmon lleno aspirando
tu atmósfera peregrina.
Bien venida, primavera,
primavera, bien venida,
con tu cielo azul y diáfano
y con tus galas floridas.
El opulento anhelando
dejar la alfombra tupida
y los cómodos tapices
de su cámara magnífica,
goza al mirarte risueña,
al gozar tus bellos días;
el mendigo se despierta
del letargo en que se abisma,
y su miseria sacude,
y eleva al cielo la vista,
y da gracias al Eterno,
y te saluda y te ansía.
Bien venida, primavera;
primavera, bien venida:

A MARIA SANTISIMA.

Celeste Señora,
hermosa doncella,
fanal que destella
al pié de la cruz,
la Reina piadosa
de nítido manto,
de Dios el encanto,
del orbe la luz.

La Virgen morena
de rostro agraciado,
cabello rizado
y labios de amor,
de talle que aéreo
circuyen las nubes
y rinden querubes
en trovas loor.

La niña sencilla,
la amante anhelada,
la esposa adorada,

la madre despues,
la madre sensible,
la mártir matrona,
que ciñe corona
de palma y ciprés.
Admite benigna
allá desde el cielo
en tímido vuelo
mi pobre oracion;
admite, que en ella
te envío anhelante
la prenda constante
de mi devocion.

EL SUEÑO DE MI INFANCIA.

Era un valle
de violas
tapizado
de jazmín,
y en él blando,
sobre el césped
entre sueños
esto ví.
Ví que un ángel
de alas de oro
se mecía
en el azul,
y que luego
bajó al valle
inundándole
de luz.
Yo dormía
recostado
en un lecho
de verdor,

y de pronto
sentí dulce
el acento
de su voz.

Duermes, dijo,
é inocente
áun no sabes
qué es vivir;
no despiertes
de ese sueño;
duerme, niño,
sé feliz.

Pero hermoso
en aquel punto
ví fulgente
el destellar
de otra lumbre
más intensa
con rojiza
claridad.

Esa, dijo
el ángel bello,
es la hoguera

del vivir;
no despiertes
á sus rayos,
no la mires,
ven aquí.
Mas el brillo
de su lumbre
mi cerebro
trastornó,
y mis ojos
la miraron,
contemplando
su fulgor.
El querube
que del cielo
bajó leve
hasta mí,
voló hendiendo
los espacios
transparentes
de zafir.
Tuve intentos
de ir á asirle,

mas no pude..!

desperté,
y del lecho
salté breve
áun queriendo
al ángel ver.

*Bello sueño
es la inocencia;
despertamos
al sentir
el destello
con que el mundo
brinda un cielo
de rubí.*

*Mas conviene
su luz viva
grata al hombre
advierta ya,
cuando el rayo
de su lumbre
no consiga
lé cegar.*

EL POETA Y LA ROSA.

Pobre rosa! ayer vivias
erguida en tu tallo, ufana,
orgullosa florecias,
y venturosa absorbias
las auras de la mañana.
Pobre rosa! del verjel
la reina te proclamabas,
y señoreándote en él
dabas celos al clavel
y á los lirios despreciabas.
Altanera con tu esencia
quisiste bella lucir,
y del hado la inclemencia
se burló de tu insolencia
y te condenó á sufrir.
Pobre rosa! no pensabas
que el orgullo al fin perece,
inocentilla soñabas
que jamás se desvanece;

cúanto, rosa, te engañabas!
Preciado de tus colores,
y de tu aroma preciado,
bella flor! serás legado
y emblema de mis amores,
dijo un poeta inspirado.
Para mí, ninfa inocente,
serás sencillo prendido,
sobre su seno turgente
contarás más fácilmente
las veces que hubo latido.
Me dirás, rosa pintada,
si siente los sinsabores
que produce en la alborada
de los primeros amores
una ventura soñada?
Me dirás si siente celos,
si me quiere con nobleza,
si sufre por mí desvelos?
Harásme entrever los cielos
ó del pesar la crudeza.
Dijo el poeta, y ardiente
cortó convulso la flor

en su cáliz dulcemente,
dejando un beso elocuente
y una lágrima de amor.

.....
Sobre tu seno perdió,
niña, la rosa su esencia,
y tu faz pura copió
las tintas de su inocencia.
Para guardarlas, hermosa,
sé á la virtud siempre fiel,
que es la mujer una rosa
en el humano verjel.

LA FLOR DE LA INOCENCIA.

Á LA NIÑA ISABEL.

En la vida
crece hermosa
de encantado
albo color,
la corola
peregrina
de una bella
pura flor.

Flor preciada,
flor de esencia,
cuyo aroma
viene en pos
de semilla
que fecunda
de su trono
excelso Dios.

Flor que embriaga
dulcemente,

flor que vierte
el manantial
de un encanto
indefinible,
de un engendro
angelical.

Flor divina,
que se ostenta
adornando
asaz gentil
las preciosas
bellas sienes
de la pléyade
infantil.

*Niños, niñas,
guardad siempre
esa hermosa
bella flor,
que es emblema
de inocencia
en el tallo
del candor.*

LA FLORE DEL MEXICO

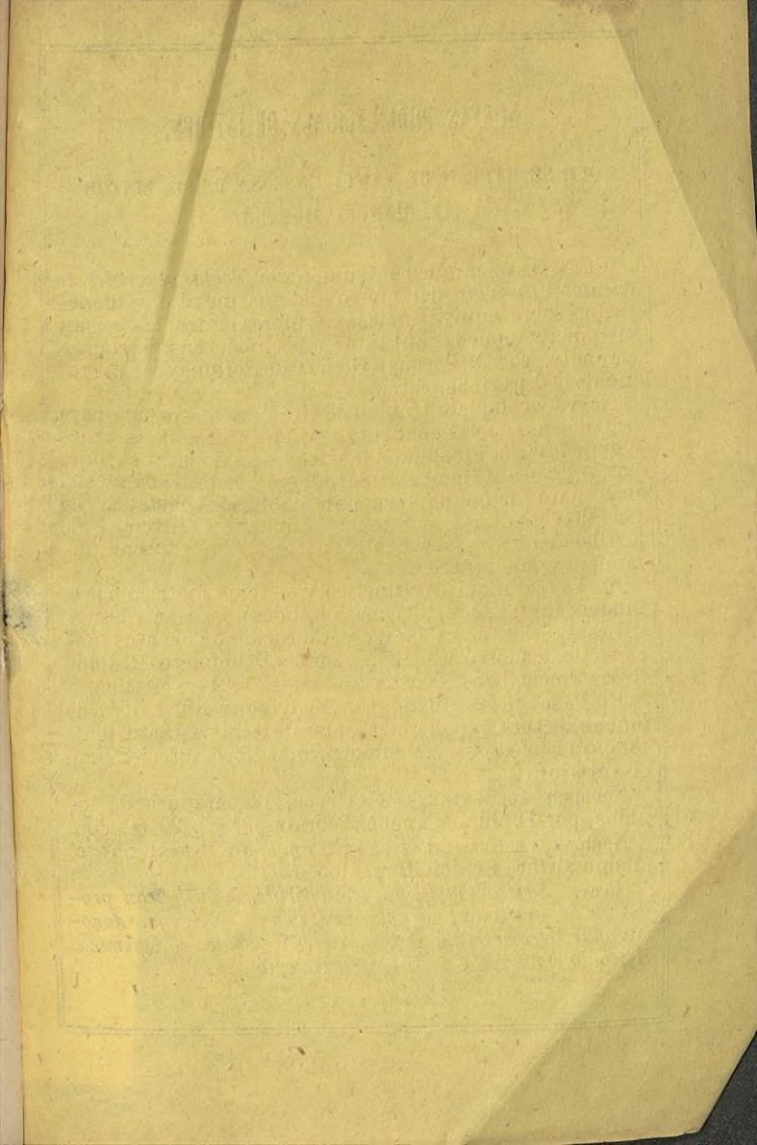
flor que viste
 de un encanto
 indefinible
 de un encanto
 angelical
 flor divina
 que se ostenta
 adornando
 esas gentiles
 las preciosas
 bellas sienes
 de la pléyade
 infantil
 Niños
 cuando siempre
 en hermoso
 bella flor
 que es emblemática
 de inocencia
 en el bello
 del encanto

AL EXCMO. SR. D. RAFAEL DE MEDINILLA Y GUILLAMAS.

LA VIRGEN CARIDAD.

En blando vuelo desciende
de la extensa azul esfera,
y la etérea region hiende
una sílfide hechicera
que del cielo se desprende.
Es hermosa, bella, pura,
mas completamente ajena
á la mundana hermosura,
que es de Dios sublime hechura
y está de su gloria llena.
Célico encanto atesora,
diáfana como el vapor,
que al congelarse colora
la aurora con su color
cuando entre zafiro alhora.

el destello más radiante
 de la aureola del Señor.
 Folia el mortal que olvida
 por ella, Virgen querida!
 ella que al hombre sustenta
 en la cruz eterna lenta
 del camino de la vida.



NUEVAS PUBLICACIONES DE INTERES,

QUE SE HALLAN DE VENTA EN CASA DE SU EDITOR
D. MANUEL ROSADO.

EL NECESARIO, único en su género: *Tablas generales de cuentas ajustadas*, del nuevo sistema métrico y monetario, sobre equivalencias y valores entre las pesas, medidas y monedas antiguas y las modernas, y recíprocamente, por D. Pascual Gomez de Sotomayor. Un tomo de 300 páginas, 8 rs.

NUEVO y completo tratado de Gramática española para uso de las escuelas elementales y superiores de instrucción primaria, ajustado á las doctrinas de la Academia, por D. Pascual Gomez de Sotomayor. Este trabajo es el más claro de cuantos se han publicado hasta el día por su sencillez y por tener abundantes ejercicios de análisis en todas sus cuatro partes, 32 rs. docena holandesa y 24 en rústica.

NUEVO tratado de Aritmética y sistema métrico por el mismo autor, 32 rs. docena holandesa y 24 en rústica.

LOS ALBORES DE LA INFANCIA. Coleccion de cuentos morales dedicados á los niños, por D. Baldomero Mediano Ruiz. Precio 32 rs. docena holandesa y 24 en rústica.

EL FARO de las niñas, por Mediano y Ruiz, libro de amena lectura, y con un carácter de letra bastante abultado que puede servir como primer libro. Precio como el anterior.

NOCIONES ELEMENTALES DE GEOGRAFÍA para uso de los niños, por D. Juan Sanchez Morate. Precio 20 rs. doc.

NOCIONES ELEMENTALES DE HISTORIA DE ESPAÑA por el mismo autor. Precio 18 rs. docena.

NOTA. *Se está haciendo una edicion de lujo, con fusion de grabados, de las obras por Sotomayor, minadas: Geometria y Trigonometria, Fisica y Quimica, Historia natural, Geografia é Historia.*